



CON JESÚS SILVA HERZOG

Esperábamos con gran placer los días en que nos tocaba entrevistar a don Jesús. Siempre lo encontrábamos listo para la entrevista, sentado en el escritorio de su estudio, reflejando con su porte erguido una mezcla de diligencia y dignidad. En realidad la casa entera parecía una formidable biblioteca, pues estaba forrada de libros cuidadosamente empastados y ordenados. Don Jesús parecía gozar genuinamente de las ocasiones que hacían oportuno el poder platicar espontáneamente sobre los eventos históricos de México que él había vivido y sentido tan profundamente. Tenía siempre muy presente y de manera precisa, el tema, o aun la oración exacta, en que había concluido nuestra entrevista anterior, dando siempre continuidad histórica a sus relatos.

Era don Jesús un hombre de aspecto imponente y sólido, cuya franqueza y autenticidad se manifestaban en las expresiones de entusiasmo o gravedad con que relataba los eventos de los cuales era testigo fidedigno. Tenía dotes naturales de orador, y poseía una voz cuyo tono modulaba con expresión poética y sin afectación. A veces se mostraba casi travieso cuando revelaba algún dato que no hubiese salido todavía a la luz, y, con una sonrisa entusiasta, clavaba hacia el cielo la mirada desenfocada del hombre casi ciego que era, a través de los gruesos lentes que hacían sus ojos gigantescos. En esos momentos parecía transportarse al pasado y a ese mundo interno que los ciegos conocen mejor que nadie y el cual él había aprendido a utilizar al máximo.

La calidad humana e intelectual de don Jesús se manifestó en muchas formas durante el proceso de elaboración de nuestras entrevistas. Mostraba un interés genuino en que salieran a la luz los relatos de los diferentes personajes que habían, como él, vivido la historia de México y cuyos testimonios divergían, según sus vivencias o puntos de vista, contribuyendo así a armar el complejo mosaico de la historia de una nación. Manifestaba un gran empeño en que lográramos realizar las entrevistas con los diferentes actores de la historia, y en que saliera a la luz la transcripción de estos testimonios grabados. Trataba de ayudarnos haciendo llamadas telefónicas para ponernos en contacto con algún personaje que nos interesara, sugiriendo algún tema o evento relevante que pudiera asistirnos en nuestra investigación, y utilizando su influencia en el medio editorial, para facilitarnos el camino

hacia la publicación de las entrevistas, convencido de que nuestro proyecto tenía valor histórico.

Aunque Silva Herzog no negaba su propia contribución al proceso de forjar el desarrollo histórico, político e intelectual de México, el relato de su versión de la historia estaba siempre colmado de una franqueza entusiasta que delataba un idealismo, casi invencible, de un hombre que, aunque con opiniones muy definidas, mantenía un margen de flexibilidad capaz de considerar un evento bajo nueva luz. Por ejemplo, él con frecuencia hacía hincapié en que era un “marxista heterodoxo”, y en ese adjetivo “heterodoxo” dejaba amplio espacio que le daba la libertad de ser un pensador libre.

Quizás uno de los factores que contribuyeron a hacernos más patente el valor humano e intelectual del doctor Silva Herzog fueron los juicios enteramente erróneos que de él se hicieron ante nosotros, en los medios de la Embajada Americana en México, a raíz de la opinión crítica de Silva Herzog de la política extranjera de los Estados Unidos. Allí se le tachaba no sólo de comunista que formaba parte de la lista de sujetos indeseables a quienes se negaba la entrada a los Estados Unidos, sino de hombre enriquecido por la política, quien vivía una vida de lujo ostentoso. Al conocer y tratar al Dr. Silva Herzog pudimos constatar que aquéllos que hicieron estas afirmaciones injustas y equivocadas las cuales tuvimos la satisfacción de refutar no habían jamás conocido ni al hombre ni su obra. Quien examine esta obra objetiva y desapasionadamente, verá claro que su preocupación por los intereses de México y los mexicanos era lo que verdaderamente regía cualquier interés que pudiera tener en filosofías económicas y sociales. Como él mismo nos dijo: “Cierto es que yo en el fondo tenía simpatía por el gran experimento soviético; pero yo era y soy, sobre todo, mexicano. Amo a México, y ese amor lo llevo en la carne, en la sangre y en los huesos.”

JESÚS SILVA HERZOG, ECONOMISTA E HISTORIADOR

Algo sobre la niñez y la primera juventud. —La Convención de Aguascalientes y otros sucesos. —A punto de ser fusilado. —El triunfo del carrancismo. —Cuatro años de historia de México y apuntes autobiográficos. —Durante el gobierno del general Plutarco Elías Calles. —Mi aventura diplomática. —La fundación del Partido Nacional Revolucionario y el fin del maxismo. —Durante el régimen cardenista. —Temas de educación y de economía política. —Otra vez se habla de Cárdenas y de algunos asuntos complementarios. —Las opiniones acerca de los gobiernos de Ávila Camacho y de Alemán. —Aspectos biográficos e ideológicos.

21 de abril de 1964

James Wilkie (JW): Primero, profesor, quisiéramos comenzar por hablar de su vida, por ejemplo, ¿dónde y cuándo nació?, ¿qué hicieron sus padres?, ¿dónde asistió a la primaria? y, en fin, esos asuntos.

Jesús Silva Herzog (JSH): Muy bien, podrían resultar poco interesantes estas páginas autobiográficas; sin embargo, voy a complacerlos: nací en la ciudad de San Luis Potosí. Mi padre se llamaba Joaquín Silva, descendiente de mexicanos de sangre española. Mi madre se llamaba Estefanía Herzog, nacida en Viena. ¿Cómo nací en San Luis Potosí de una señora nacida en Viena y de un padre nacido en San Luis Potosí, México? El asunto es muy sencillo: mi madre que nació en Viena, le repito, migró con su familia, por muchas razones, a los Estados Unidos, radicándose la familia en Hoboken, Nueva Jersey, y mi padre fue enviado por mis abuelos a estudiar ingeniería en una escuela que entonces existía en esa población. Allí se conocieron y mi padre no terminó la carrera; pero se casó con mi madre llevándosela a San Luis Potosí.

Yo nací el 14 de noviembre de 1892. A los dos o tres días de nacido, los ojos, según me contaba mi madre, se me llenaron de pus; un mes después de haber nacido estaba enteramente ciego. La enfermedad fue una oftalmía purulenta. Un médico, tío mío, muy capaz para su época, me curó y logró que yo adquiriera una agudeza visual de un quince por ciento en el ojo izquierdo y un cinco por ciento en el ojo derecho; de tal modo que bien pronto supe que no era un niño como todos, porque no veía bien. Eso me lo decían mis padres, mis abuelos, las criadas de la casa, mis hermanos. A los seis o siete años mis compañeros de juego ya estaban en la escuela, ya sabían leer y escribir. Yo no sabía ni una cosa ni otra, porque el médico había dicho que no podía asistir a la escuela.

Un día, ya había cumplido siete años, mi madre me regaló unos cubitos con figuras de animales y con letras. Yo empecé a preguntar a las gentes que me rodeaban, qué letra era ésta, qué letra era aquélla, aprendí el alfabeto y empecé con muy pequeñas ayudas a formar palabras; un buen día mi familia se enteró que yo había aprendido a leer prácticamente solo. También había aprendido los números viendo los calendarios. Puedo decir a ustedes que esa fue mi primera victoria, porque entonces mis padres resolvieron enviarme a la escuela.

JW: Pero, ¡qué obstáculos! ¿Y seguía con nada más quince por ciento de visión en un ojo y cinco por ciento de visión en el otro? ¿Y hasta hoy. . . ?

JSH: La historia mía es dramática, amigos míos. Fui a la escuela, aprendí primero en una escuela de párvulos, como entonces se decía. Entonces no se hablaba de jardines de niños, se decía escuela de párvulos. Pasé bien el primer año, y cuando estaba en el segundo año mi familia salió de la ciudad de San Luis Potosí a otra ciudad del mismo estado: a una pequeña ciudad que se llama Rioverde. Cuando regresamos de Rioverde me pusieron en el seminario de San Luis Potosí, en el segundo año de la escuela primaria. Pero me ocurría algo que me producía un gran desagrado; mi madre al inscribirme en la escuela decía: "No obliguen a este niño porque no ve bien. . . ¡Lo que buenamente pueda aprender!" En esta circunstancia entré al seminario al segundo año y el profesor, que era un sacerdote, durante el primer mes y el segundo no me hizo caso, les preguntaba la lección a mis compañeros y ¿a mí? ¡Como si no existiera! Un buen día, porque yo era muy estudioso, sabía muy bien lo que les preguntaba a mis compañeros, cuando ninguno de los muchachos supo la lección, me dijo: "A ver tú Silva". Y Silva se puso de pie y le dio la lección. Ésta fue mi segunda victoria, porque desde entonces el sacerdote profesor se olvidó de la recomendación de mi madre, y puedo decirles que ese año hice el segundo y el tercero. Al año siguiente hice el cuarto y el quinto y en 1905 terminé la instrucción primaria.

Después de terminar la instrucción primaria, mis padres consideraron que yo debía ser sacerdote y quisieron que siguiera en el seminario; pero a mitad del año de lo que entonces se llamaba el curso de latín, me enfermé de los ojos. Yo leía, y así leí durante largos años de mi vida, con el libro muy cerca de mi ojo izquierdo; el derecho casi no me servía. Pero, como dije antes, me enfermé de la vista, me llevaron con un oculista famoso en la ciudad de San Luis Potosí, y el oculista me curó. Qué sé yo qué dijo que yo tenía; pero su dictamen fue terrible: dijo que yo no podía estudiar, que no podía fijar la vista y que en consecuencia debían sacarme de la escuela. Inevitablemente mis padres le hicieron caso al oculista y me sacaron de la escuela. Eso fue para mí un gran contratiempo; de manera que me prohibían que yo hiciera lo que me gustaba, porque yo tenía un gran afán, un gran deseo de aprender.

JW: Qué raro que sin poder ver muy bien tenía ese afán, y los otros que sí pueden leer muy bien no lo tienen.

JSH: Pues ya ven ustedes. Lo cierto es que pasó un poco de tiempo y mi madre me dijo que tenía que trabajar; que no podía andar de vago y me consiguió empleo en lo que se llamaba entonces la Aduana, que ahora se llama la Tesorería del Estado; un trabajo que consistía en cobrar contribuciones, porque no debía fijar la vista. Ese trabajo resultó estupendo para mí porque trabajaba de las ocho a las dos y media de la tarde y me quedaba el resto del día para hacer lo que yo quisiera. Y empecé a leer a escondidas. Y hubo una

lucha como de dos años entre mi familia que me prohibía que yo leyera y yo que leía. Empecé solo a estudiar todas las materias que se llevaban en lo que ahora se llama bachillerato. Compraba mis libros y me ponía a estudiar. Por fortuna tenía mi cuarto solo, de manera que sobre todo en la noche me ponía a leer. Después de dos años se dieron por vencidos mis familiares y me dejaron en paz y yo pude dedicarme a leer todo el tiempo de que disponía.

JW: Pero, ¿por qué no se dio por vencido usted antes, con tantos obstáculos?

JSH: La verdad, ¡no sé! La única explicación que puedo dar es que realmente a mí me interesaba saber más. Eso es lo que puedo decir. De tal manera que cuando tenía dieciocho años, era un muchacho que sabía tanto o más que mis amigos bachilleres de la ciudad natal de que les he hablado antes.

JW: ¿Usted no tuvo entonces niñez como los demás? ¿No podía jugar, correr y nadar como los otros, y se ponía a leer?

JSH: No podía participar en muchos juegos; por ejemplo, no podía participar en los juegos de pelota, no podía jugar béisbol. Ya entonces entre los muchachos se comenzaba a jugar béisbol allí. Nada que significaba vista podía hacer; pero, por ejemplo, sí podía nadar, y llegué a ser muy buen nadador; sí, llegué a ser uno de los muchachos que mejor nadaban. Todo aquello que no exigía vista podía hacerlo. En ese sentido mi niñez y mi adolescencia no fueron tristes porque tenía la gran alegría de mis libros. Y algunos de estos libros que han visto ustedes en esta biblioteca, los comencé a comprar en esa época a que estoy haciendo referencia. A los 19 años me envió mi familia a estudiar a Nueva York. Tenía parientes en los Estados Unidos. Tenía mi abuela parientes en un pueblecito cercano a Houston, el pueblecito se llama Brazoria, allí vivían también una hermana de mi madre y cuatro primos; tres de ellos viven todavía, unos están en Brazoria, otro de ellos está en Houston. En Nueva York vivía un hermano de mi madre, que era médico. Se llamaba Alfred W. Herzog; médico reputado de mucha clientela que llegó a hacer una fortuna con su profesión, y una hermana que vivía entonces en Patterson, New Jersey, y otra hermana que vivía en Brooklyn. De suerte que la idea era que yo fuera a Nueva York y que lo poco que sabía de inglés lo perfeccionara y estudiara alguna cosa.

La vida en Nueva York era muy barata; les voy a precisar las fechas. Llegué a Nueva York en julio de 1912. Mi estancia en los Estados Unidos fue el resto del año de 1912, todo el año de 1913 y una parte de 1914. Me mandaban de mi casa cincuenta dólares mensuales con lo cual yo tenía suficiente porque un "boarding house" costaba ocho dólares semanarios, el cuarto y las tres comidas. Así es de que hagan ustedes la cuenta: 32 dólares me costaba mi alimentación y mi habitación, y me sobraban 18 dólares, que era mucho dinero en aquellos tiempos para cine, ropa y para divertirme, etc. Me dijeron

que era bueno que fuera a una escuela, y había una escuela en la Calle 58 o 59 del lado oeste de Nueva York, que recuerdo se llamaba "Paine Uptown Business School", donde se estudiaba comercio. Recuerdo que la colegiatura costaba cinco dólares mensuales; mas a mí no me gustó. Y lo que hice durante unos veinte meses que estuve en Nueva York fue decir ---confieso mi pecado--- que iba a la escuela de comercio; pero yo no iba a la escuela de comercio sino a la gran biblioteca de la Quinta Avenida y Calle 42. En ocasiones llegaba a la biblioteca a las diez de la mañana y si tenía dinero iba a un lugar barato a comer algo y volvía a la biblioteca hasta las cinco de la tarde. Otras veces, había entonces, ahora ya no sé cómo serán esas cosas, una serie de bibliotecas en distintos barrios de Nueva York. . .

JW: Sí, es igual hoy.

JSH: Bueno. . . de tal manera que mi tío, el doctor Alfred W. Herzog, fue mi fiador, y me prestaban libros en estas bibliotecas, particularmente me gustaba mucho sacar libros de una biblioteca que estaba en la Calle 13, cerca del Washington Square, porque era un barrio italiano y había muchos libros en español. En resumen, puedo decirles que esos veinte meses aproximadamente que estuve en Nueva York, me pasé el tiempo en las bibliotecas leyendo y leyendo.

JW: ¿Y no se le cansaron los ojos?

JSH: No me pasó absolutamente nada; por entonces no se cumplieron los pronósticos de los médicos. En febrero o marzo ---no lo recuerdo exactamente--- de 1914 regresé a mi ciudad natal. Había aprendido bastante bien inglés, porque durante casi todo ese tiempo procuré no tener ninguna relación con latinoamericanos; con nadie que hablara español. Yo leía en español, pero mi mundo era de gente de habla inglesa. En consecuencia, cuando regresé a San Luis Potosí hablaba bastante bien inglés. Antes de ir a los Estados Unidos ya sabía un poco, pero avancé muchísimo durante mis 20 meses en Norteamérica.

Cuando llegué a San Luis Potosí, la Revolución Mexicana había alcanzado ya grandes victorias: los revolucionarios estaban ganando terreno y el gobierno de Huerta en derrota. Empecé a sentir ---resultado de mis lecturas--- una gran inquietud social. En el mes de junio de 1914, los revolucionarios al mando del general Carrera Torres, primero, y después al del general Eulalio Gutiérrez, entraron a San Luis Potosí. A los tres o cuatro días hubo un mitin en el teatro de la ciudad en que hablaron varios de los revolucionarios más o menos cultos, sobre lo que era la Revolución, los fines que perseguía, los ideales que normaban la conducta de ellos; y yo me sentí revolucionario. A los tres o cuatro días posteriores, o cinco u ocho, no es posible precisar esto a distancia tan larga, me presenté a un periódico nuevo, un periódico

revolucionario que se llamaba *El Demócrata* pidiendo una plaza de reportero. Me dieron la plaza. Empecé a ser reportero y a escribir artículos. Ya había escrito mucho. Comencé desde los trece años a hacer versos y a escribir en prosa. Cuando fui al periódico en el mes de junio de 1914, yo sabía escribir y tenía una buena cultura hecha a base de esfuerzo personal. Y fui un buen reportero. Conocí como resultado de mi oficio al general Eulalio Gutiérrez, gobernador y comandante militar de San Luis Potosí. No olviden ustedes que era el gobernador y comandante militar de la Revolución. Los revolucionarios seguían avanzando hacia la ciudad de México. Y Eulalio Gutiérrez empezó a tener simpatía por mí e hizo una expedición al oriente del estado y me pidió que lo acompañara. Fui con él.

Al llegar al primer pueblo, a un pueblo que se llama Cárdenas, entre San Luis Potosí y Tampico, se reunió la gente porque allí estaban el gobernador y comandante militar, general Eulalio Gutiérrez, y estaba además el coronel Saturnino Cedillo. Se reunió la gente alrededor del tren. Gutiérrez me pidió que hablara al pueblo en su nombre. Hice mi primer discurso político; le gustó mucho a Gutiérrez. Desde entonces él ya no me soltó, siempre quiso que yo lo acompañara a todos los lugares donde iba. Él era un hombre que sabía leer y escribir; mas no tenía los conocimientos, como la inmensa mayoría de los revolucionarios, para dirigirse al pueblo con fluidez y con un amplio vocabulario. Durante cierto tiempo yo hacía discursos en nombre del general Eulalio Gutiérrez en los pueblos a donde llegábamos. Todo esto dio como resultado que hubiera entre este generalote y yo —un muchacho de veintiún años entonces— una buena amistad. Y por eso, cuando vino el episodio —esto merece capítulo aparte— de la Convención de Aguascalientes, Gutiérrez me pidió que lo acompañara a Aguascalientes como periodista y como persona allegada a él.

En esos meses unos amigos y yo habíamos hecho un nuevo periódico en San Luis Potosí, que se llamó *Redención*. Fui a Aguascalientes con el general Eulalio Gutiérrez, como enviado especial del periódico *Redención* y como un civil agregado a su Estado Mayor. Creo que descansaremos un poco en este momento; después continuaremos, si ustedes lo desean.

JW: Muy bien. Sí, está muy bien.

JW: Doctor, ¿qué hizo su padre? ¿Qué profesión tenía?

JSH: Mi padre se dedicó a la enseñanza del inglés. Pero desgraciadamente él tomaba y a veces faltaba a sus obligaciones. Frecuentemente se iba de México y pasaba largos años en los Estados Unidos. Supimos de él en 1919, que se encontraba en Guadalajara; y al poco tiempo supimos que murió.

JW: ¿Tenía usted una familia muy grande?

JSH: No. Fuimos tres hermanos: mi hermano mayor que vive; mi hermana intermedia que vive y yo; nada más tres. En buena parte nuestra formación se la debimos a nuestra madre.

JW: Y al estudiar y leer tanto, ¿puede fijar unos libros que le instruyeron a usted mucho?

JSH: Puedo decir a ustedes que después de mis lecturas muy sistemáticas de las materias que constituían el bachillerato, leí mucho a autores franceses. En ese periodo de que estamos hablando, leí las obras más importantes de poesía, de literatura en general y algunas obras de divulgación científica. Leí mucho a Víctor Hugo, leí mucho a un astrónomo que escribía divulgando sus conocimientos, famosísimo en Francia: Camilo Flamarión. Además a Emilio Zolá y a muchos otros; a los clásicos también: Corneille, Racine y Molière. De los rusos leí a Dostoievski y casi todas las obras de León Tolstoi, quien por entonces influyó mucho en mis ideas.

De la literatura española puedo decir que ya en esa época yo conocía toda la literatura española en lo fundamental, desde el *Poema del Mío Cid* hasta los autores entonces modernos. A uno de los grandes novelistas españoles, Benito Pérez Galdós, lo leí casi completo en sus novelas y en sus *Episodios Nacionales*; leí también a José María de Pereda, a Pedro Antonio de Alarcón; a todos los poetas, a los poetas románticos y a los posteriores. Bueno, una lista interminable.

Por supuesto también leí libros mexicanos o sobre México. Recuerdo haber leído la *Historia de México* en 18 volúmenes por Niceto de Zamacois; leí a novelistas y poetas, a los poetas sobre todo. Empecé por la literatura y luego fui dando un viraje hacia lo social. Desde luego, como ya dije antes, probablemente Tolstoi fue uno de los que a mis 21 años más influyó en mi pensamiento. Yo era en esa época lo que podía llamarse un cristiano con anhelos revolucionarios.

JW: Como Tolstoi, ¿había leído a Marx?

JSH: Hasta esa época yo no había leído a Marx. Había leído algo de unos libros que se hacían en Valencia. Había leído el libro de Proudhon: *¿Qué es la propiedad? Es un robo*; ese famosísimo libro de Proudhon y algunos otros libros. Y también leí una obra muy poco conocida de un jesuita belga, el padre Víctor Vandrich. Podíamos considerar que era un cristiano social o un socialista cristiano. Por allí comenzó mi inquietud intelectual y mi preocupación por los grandes problemas del hombre; y, por supuesto, empezaron a influir en mí todas las ideas más o menos vagas, más o menos nebulosas de la Revolución Mexicana en esa etapa.

JW: Entonces llegó a la Convención de Aguascalientes bien fundado en una cultura mundial.

JSH: Puedo decir que a los 21 años era un muchacho que había leído mucho para su edad, pero no puedo decir que era entonces un hombre culto; porque tengo la idea de que la cultura se hace despacio y que un hombre es culto cuando ha dedicado lo mejor de su vida al estudio, durante veinticinco años por lo menos y que ha logrado que sus conocimientos formen parte íntima de su personalidad, que sus conocimientos hayan penetrado en su sangre y en sus huesos. Cuando eso se logra, entonces el hombre es culto y lo es naturalmente, sin presumir de que lo es. En consecuencia, cuando asistí a la Convención de Aguascalientes era un muchacho que había leído un tanto y nada más. Pero ¡no! Todavía no creo que hubiera podido llamarme culto; apenas comenzaba. Si ustedes lo desean, puedo hablarles un poco de la Convención de Aguascalientes.

LA CONVENCIÓN DE AGUASCALIENTES Y OTROS SUCESOS

JW: Ya hemos llegado a esa etapa: llega muy bien preparado representando al periódico y también con amistad con Eulalio Gutiérrez.

JSH: La Revolución, acaudillada por don Venustiano Carranza, había triunfado sobre Victoriano Huerta. El hecho que tiene algún interés es que generales improvisados y ejércitos improvisados, en su mayoría de campesinos, vencieron a soldados profesionales mandados por generales de academia. La Revolución fue larga, enconada y sangrienta.

Don Venustiano Carranza llega a la ciudad de México a fines de agosto de 1914. Sus principales generales habían sido el general Álvaro Obregón, el general Pablo González y el general Francisco Villa. Francisco Villa había librado las batallas más decisivas en contra del ejército federal. Villa era un hombre rudo, no hablaba con corrección el español; era un hombre emocional: en ocasiones fácilmente se le humedecían los ojos y en ocasiones fácilmente se disgustaba, sacaba la pistola y mataba al individuo que le parecía que no estaba con él. Villa, que había considerado que había sido el factor más importante de la victoria, se había llenado de soberbia y se rebeló a la postre contra don Venustiano Carranza.

El 22 de septiembre de 1914 Villa ya de plano se indisciplinó y desconoció a Carranza como jefe. Como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, don Venustiano Carranza había convocado a una junta en la ciudad de México a la que debían asistir todos los generales con mando de fuerzas para que en esa Convención, citada para el primero de octubre de ese año de 1914, elaboraran el programa de la Revolución. Villa se negó a venir a la ciudad de México con todos sus

generales. Indudablemente el grupo más fuerte militarmente en esos meses era el de Francisco Villa. La Convención de México tuvo la asistencia de buen número de generales: del general Obregón y de sus demás generales; del general Pablo González y de sus demás generales; y también del general Jesús Carranza y de sus demás generales —Jesús Carranza era hermano de don Venustiano—; pero no estuvieron los zapatistas ni los villistas. Ante esa situación y con la idea de que no se siguiera derramando sangre mexicana, varios generales intervinieron para que se celebrara en la ciudad de Aguascalientes una convención.

Se consideraba que Aguascalientes era una ciudad neutral equidistante de los villistas y de los carrancistas. Esta Convención inició sus trabajos, si no recuerdo mal, el 10 de octubre en el Teatro Morelos de esa población. Quiero precisar las cosas. La idea era de que en esa Convención, reunidos villistas, zapatistas y carrancistas, se pusieran de acuerdo, elaboraran un programa revolucionario y que se estableciera la paz en el país, porque el ejército federal de Huerta había sido completamente deshecho. Al principio se veía que habían muy buenas intenciones; no se atacaba a Carranza ni a Villa y todos los generales y los representantes de los generales estaban, según lo pude advertir, animados de los mejores propósitos.

Los zapatistas no habían concurrido a las primeras sesiones, pero una comisión de la Convención se trasladó al estado de Morelos a invitar a Zapata a que fuera él o a que enviara una delegación. Debo aclarar a ustedes que la Convención de Aguascalientes se declaró soberana, es decir, que los acuerdos que de ella emanaran debían ser acatados por todos los grupos revolucionarios. Y para hacer más solemne el acto, los representantes de los generales, o los generales mismos firmaron en la bandera nacional comprometiéndose a cumplir y hacer cumplir los acuerdos que emanaran de la Convención, de la soberana Convención de Aguascalientes.

Cuando se firmó en la bandera —que la firmaron todos los adictos a don Venustiano Carranza y todos los adictos a Francisco Villa— no habían llegado todavía los zapatistas. Doce o quince días después de iniciada la Convención llegaron los delegados zapatistas.

Los zapatistas iban encabezados por Antonio Díaz Soto y Gama, un abogado, viejo revolucionario que todavía vive y que debe tener en estos momentos alrededor de 84 años; además por un general, Alfredo Serratos y por otro general muy famoso, Juan Banderas a quien se llamaba “el agachado”. Cuando llegaron los zapatistas, se pidió que hablara uno de ellos y habló Soto y Gama. Soto y Gama se dirigió a una de esas viejas tribunas, un poco altas, a las que se subía por una pequeña escalera. La tribuna estaba a la derecha de las lunetas. En las lunetas del teatro estaban los convencionistas.

En el escenario, en medio, estaba la mesa directiva de la Convención; atrás de la mesa directiva estaba la delegación zapatista formada por unas veinte personas. Soto y Gama era un magnífico orador ---lo ha sido toda su vida---, comenzó a atacar a don Venustiano Carranza. Empezaron a sisearlo. . . siguió atacando a Carranza y empezó a burlarse del hecho de que los convencionalistas hubieran firmado en la bandera, y tomando la bandera nacional con la mano derecha, la agitó y dijo: “Ésta es un guiñapo, una piltrafa inútil y ridícula”. En ese momento empezó la gritería, los insultos; salieron a relucir las pistolas de las lunetas, las pistolas de los zapatistas detrás de la mesa directiva. Algunos gritaban: “calma, calma, calma”.

Yo estaba en un intercolumnio del teatro como periodista. Recuerdo muy bien que dos generales, el general Eduardo Hay y el general Mateo Almanza, con gran valor se pusieron en el sitio que ocupa la orquesta en un teatro, es decir, en medio de la posible balacera, gritando: “¡Señores, calma, calma, la razón se combate con la razón; las ideas se combaten con las ideas!” La calma se fue haciendo poco a poco, poco a poco. Soto y Gama se cruzó de brazos, no dio un paso, no trató de bajarse de la tribuna. ¡Quién sabe qué le hubiera pasado si se baja de la tribuna! Permaneció inmóvil. Cuando se hizo el silencio reanudó su discurso. A los diez minutos lo estaban aplaudiendo.

JW: ¿Qué dijo?

JSH: Era un hombre que sabía manejar muchedumbres, que tenía una gran elocuencia y que fue poco a poco atrayéndose a los que habían sacado las pistolas con deseo de disparar sobre él. Y, allí tienen ustedes los aplausos de todos. Soto y Gama se bajó de la tribuna en medio de una gran ovación. El hecho tiene el interés de ver lo que es la psicología de las multitudes de que hablara Gustavo Le Bon. Fue un episodio de cierto interés.

Continuaron las discusiones en la Convención durante varios días. Al fin se tomó el siguiente acuerdo: cesa en sus funciones como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista el señor don Venustiano Carranza encargado del Poder Ejecutivo de la Unión. Cesa en sus funciones el general Francisco Villa como jefe de la División del Norte. La Convención nombrará un Presidente provisional, que durará en su cargo veinte días mientras la Convención soberana se traslada a la ciudad de México para discutir el programa de la Revolución.

¿Qué fue lo que pasó? Lo que pasó fue que Villa simuló que dejaba el mando de la División del Norte, pero no la dejó. Don Venustiano Carranza consideró que allí andaba la mano de Villa y que los delegados se habían dejado sorprender y no acató los acuerdos de la soberana Convención. Don Venustiano Carranza salió de la ciudad de México rumbo a Córdoba y después a Veracruz. La Convención nombró Presidente provisional al gene-

ral Eulalio Gutiérrez, de quien he hablado antes; y nombró jefe de las fuerzas de la Convención a Francisco Villa. Comenzó la etapa de la Revolución que he denominado en un libro la lucha de las fracciones,¹ una lucha casi tan dura y sangrienta como la anterior en contra de Victoriano Huerta. La Convención se trasladó de Aguascalientes a San Luis Potosí, luego a Querétaro y al fin a la ciudad de México. La Convención se trasladó a México en. . . quizá a fines del mes de noviembre o a principios de diciembre de 1914. Las fuerzas de Villa entraron a la ciudad de México, impresionando a los capitalinos por lo bien equipadas que estaban; desfilaron el 6 de diciembre de ese año de 1914, presenciándolo desde el balcón central de Palacio, Eulalio Gutiérrez, Presidente de la República; Francisco Villa, jefe de la División del Norte, y Emiliano Zapata. Y cuentan las crónicas ---eso no me consta--- que al llegar Gutiérrez, Zapata, Villa y quienes los acompañaban, descubrió Villa que en el salón contiguo al despacho del Presidente donde está la gran mesa de acuerdos para los consejos de ministros, en cuya cabecera está la silla en que se sienta el Presidente ---que tiene un águila--- cuentan que Villa rápidamente avanzó y se sentó en el sillón presidencial. A mi parecer ése es un detalle psicológico muy interesante que no ha sido cabalmente analizado por los historiadores. A mí se me pasó ese detalle en mi *Breve historia de la Revolución Mexicana*. A mi juicio, pone de manifiesto que Villa ambicionaba, llevado por el gran orgullo de sus grandes victorias, llegar a ser Presidente de la República, lo cual hubiera sido lo más terrible que le hubiera podido ocurrir a México.

Después de ese gran desfile en la ciudad de México, ¿cuál era la situación del país? La situación era que una parte muy grande del país estaba dominada por las fuerzas de Villa y los adictos a la Convención de Aguascalientes, y que don Venustiano Carranza estaba en Veracruz con la gente leal, dominando Tampico y algunas otras zonas. En los meses de diciembre y enero, todo parecía indicar que la victoria sería para las fuerzas de la Convención, puesto que yo estaba con Eulalio Gutiérrez. Bien pronto empezaron las dificultades, las dificultades entre Gutiérrez y Villa. Zapata se fue a sus montañas de Morelos y el general Eulalio Gutiérrez, dizque Presidente de la República, en el Palacio Nacional.

Villa era un hombre difícilmente controlable. Villa se dedicó a gozar de la vida en la ciudad de México. Es un episodio muy curioso: en los primeros días de diciembre el general Eulalio Gutiérrez vivía en un hotel que se llamaba

¹ *Breve historia de la Revolución Mexicana*, dos tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Hotel Palacio, en la esquina de Isabel la Católica y 16 de Septiembre. Una mañana llegó Francisco Villa a visitarlo; a tomar algún acuerdo ---porque todavía en esos primeros días Villa estaba subordinado a Eulalio Gutiérrez. La cajera del Hotel Palacio era una muchacha muy guapa de unos 22 años. Villa al entrar se le quedó viendo con mirada codiciosa, subió al tercer piso donde estaban las habitaciones de Eulalio Gutiérrez, y al bajar le dijo a la señorita aquella: "Oiga chula, a la tarde vengo por usted", y se marchó. La chica aquella se asustó y aquella tarde no fue al Hotel Palacio a desempeñar sus funciones y la sustituyó la esposa del administrador del hotel, que era una señora otoñal, guapa, hermosa todavía, un poco más de cuarenta años. Villa llegó efectivamente por la muchacha; pero no estaba la muchacha sino la señora otoñal. Entonces, muy molesto, le dijo: "Pues ahora me la llevo a usted". Y se llevó a la señora que era francesa, lo cual provocó una reclamación del ministro de Francia.

La situación en México en ese mes de diciembre de 1914 y los primeros días de enero era caótica, muy difícil. Yo estaba aquí: yo viví aquellos días. Muy frecuentemente en la calle había balaceras entre los soldados de un general contra los soldados de otro general. Una situación anárquica. Eulalio Gutiérrez no era obedecido. Había nombrado secretario de Educación Pública ---que entonces se llamaba Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes--- a José Vasconcelos, pero José Vasconcelos se tenía que esconder, porque lo quería matar un zapatista de apellido Palafox. El secretario particular de Gutiérrez, que era el licenciado Manuel Rivas, también necesitaba ocultarse, porque se sentía en peligro de ser asesinado por alguno de los villistas. Como se ve, la situación era verdaderamente insostenible.

El general Eulalio Gutiérrez se había ido a vivir a un palacio que ya no existe en el Paseo de la Reforma, el palacio Braniff. Era la mansión de una familia aristócrata de ese apellido. Una tarde como a las dos, el general Villa rodeó el palacio Braniff donde estaba el Presidente de la República, con dos mil soldados de caballería y subió al despacho de Gutiérrez, indignado, injuriándolo y diciéndole que sabía que lo quería abandonar. Gran altercado, que afortunadamente la entereza de Eulalio Gutiérrez hizo que no llegaran las cosas a mayores, y Villa se fue; ordenó que sus soldados dejaran aquel lugar y marcharan a sus cuarteles. Todo aquello hacía que la situación fuera cada vez peor. Nadie se entendía entre sí. Eulalio Gutiérrez le había dicho a Villa que avanzara hacia Veracruz, pero Villa no quiso hacer caso; Villa se dedicó a gozar de los encantos de la ciudad de México. . . sobre todo de las mujeres.

JW: ¿Y Zapata?

JSH: Zapata en ese mes de diciembre y enero, después del desfile de las fuerzas villistas, se había retirado al estado de Morelos.

JW: ¿Y él no quería avanzar a Veracruz?

JSH: Ni hubiera podido. No tenía él elementos para avanzar, nunca el ejército zapatista fue muy poderoso; el ejército del grupo carrancista era mucho más fuerte. Ahora verán lo que pasó: Paulino Martínez, un periodista zapatista, y el teniente coronel David Berlanga, de las fuerzas de Pablo González, fueron asesinados por órdenes de Rodolfo Fierro, lugarteniente de Villa, de quien habla Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.² De modo que la situación era insostenible: el caos.

Al fin Eulalio Gutiérrez consideró que no era posible hacer nada y que había que cambiar las cosas y sucedió lo siguiente: Eulalio Gutiérrez logró que estuvieran con él Lucio Blanco, que tenía 20 000 hombres, que estuvieran con él además dos villistas, José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, y tenía la esperanza de que lo siguiera el general Obregón y formar así un nuevo grupo. Soñó en que podía formar un nuevo grupo contra Villa, contra Zapata y contra Carranza. Pero Villa supo lo que Gutiérrez quería hacer. Y al saber que Gutiérrez quería formar un nuevo partido, con ocho trenes militares se vino de Ciudad Juárez sobre la ciudad de México, con la idea seguramente de fusilar a Eulalio Gutiérrez, al Presidente de la República. Eulalio Gutiérrez no tuvo más remedio que salir de México rumbo al norte con sus fuerzas: unos tres mil hombres.

JW: ¿Y usted?

JSH: Yo que sabía del plan, tres o cuatro días antes me había ido a San Luis Potosí, porque se pensaba que el centro de operaciones iba a ser San Luis Potosí y que yo fundara allí un periódico. Me fui a San Luis Potosí, pero se descubrió el plan de Gutiérrez. Se incomunicó México con San Luis Potosí. Las fuerzas de Gutiérrez que estaban en aquella ciudad, unas se fueron al norte y se rindieron a Carranza, otras salieron hacia el sur, pero dando una vuelta para también rendirse a Carranza. Gutiérrez se quedó al fin solo con unos cuantos hombres, con un centenar de hombres, lo hirieron en una batalla y se rindió a Carranza.

Me quedé en San Luis Potosí resuelto a no intervenir ya en la política ante aquel desastre. La ciudad de San Luis Potosí fue tomada por los villistas. Los villistas estuvieron en San Luis Potosí los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo y parte de junio. A mí no me molestaron, a pesar de

² Madrid, J. Pueyo, 1928.

que era conocido como amigo de Gutiérrez, tal vez porque el jefe político de la ciudad había sido amigo de mi padre.

A PUNTO DE SER FUSILADO

JSH: Pero llegan los ejércitos victoriosos de Obregón en el mes de junio, después que Obregón derrotó a Villa en dos batallas en Celaya, otra cerca de León y la última cerca de Aguascalientes. El general Obregón hace pedazos a Villa y entra victorioso a todas las poblaciones. Entra victorioso a la ciudad de San Luis Potosí, donde antes había llegado con sus tropas el general Gabriel Gavira que era de la gente del general Obregón.

Un amigo mío y yo hicimos un nuevo periódico que se llamó *Patria*. Salieron los primeros números de este periódico. Supe que alguien había dicho que yo había sido enemigo de los carrancistas, lo cual era cierto, pues había estado en la Convención contra Carranza; pero en esto llega Obregón a San Luis Potosí. Una tarde estaba yo sentado en una banca de la Plaza de Armas cuando llegó una manifestación en honor de Obregón, quien se hospedaba en un hotel frente a la plaza principal de la ciudad. Hubo discursos alabando mucho al general Obregón. Alguien me descubrió en mi banca; y como yo ya tenía mi famita de oradorcillo, empezaron a gritar: "Que hable Silva Herzog, que hable Silva Herzog". Yo no era obregonista y siempre he tenido un claro concepto de la lealtad. Yo, muchacho audaz, fui y me paré en una silla que traían para que se pararan los oradores. Y empecé un discurso diciendo que yo no iba a alabar a los triunfadores, que yo no iba a elogiar a quienes entraban a la plaza amparados por la clarinada de la victoria. Seguí hablando. . . y terminé diciendo que el pueblo mexicano había sido engañado en todas las revoluciones; que si don Venustiano Carranza no cumplía sus compromisos con el pueblo, el pueblo debía combatirlo, y que si el general Obregón aquí presente, y lo señalé, no cumple sus compromisos con el pueblo, el pueblo debe combatirlo. Y terminé con una cita de un escritor sudamericano, Vargas Vila, que dice: "Y si los dioses se ponen del lado del crimen hay que combatir contra los dioses". Terminé entre siseos y chiflidos. . . Ahora verán ustedes lo que me pasó. En esos días, coincidiendo con ese discurso mío, a los dos o tres días empecé con el periódico *Patria*, con el otro amigo que se llamaba Zeferino Mares. Supe que me estaban intrigando; que decían que yo había sido enemigo de los constitucionalistas. Y me dije: en estos casos lo que hay que hacer es ser franco y ser sincero y ser valiente. Y fui a ver al gobernador y comandante militar, el general Gabriel Gavira. Le dije: "Oiga usted, general, yo soy revolucionario, yo fui convencionista, yo

estuve con el general Eulalio Gutiérrez; pero he luchado y lucho por los ideales de la Revolución". Entonces el general Gavira, un viejo como de cincuenta y cinco años o cincuenta por lo menos, me dio un abrazo y me dijo: "Así me gustan los jóvenes, valientes y sinceros como usted. No tenga usted cuidado, no le va a pasar nada". Me tomó del brazo el hombre aquel. Me fui con él caminando tres cuerdas; detrás la gente de su Estado Mayor, hasta la casa que habitaba, y me quedé muy tranquilo.

Esto fue un jueves. El sábado llegué a la jefatura de las armas a tomar unos datos para mi periódico, del cual era yo jefe de información. Me detuvieron y me llevaron a un cuarto en donde había unos oficiales. Yo pensé: son órdenes que han dado antes de mi conversación con el general Gavira. Pero. . . nada ¡señor! Me pasé allí toda la noche y al día siguiente me pusieron en un cuarto horrible en el mismo palacio, con dos centinelas de vista. Me llamaron a declarar como a las diez de la mañana del domingo. Y un juez improvisado, con todos los periódicos de *Redención* donde había algunos ataques a los carrancistas, me preguntó: que si era cierto que yo había escrito en ese periódico, y yo le respondí: "Sí, son telegramas que envié de Aguascalientes; unas cosas probablemente son ciertas, otras no son ciertas". Yo tenía que defenderme. Luego me pidió el juez que dijera quiénes habían estado conmigo en el periódico *Redención*. Varios no estaban en San Luis; pero había dos. Recuerdo que le dije: "Los hombres honrados como yo no hacen el papel de delatores, cueste lo que cueste". "¿Así lo pongo?", dijo el juez. "Así póngalo usted, se lo voy a dictar a su secretario". Se lo dicté a un secretario que era amigo mío, un estudiante de derecho. Volví a mi cuartucho con los dos centinelas de vista.

Como a las siete de la noche llegó un teniente, un hombre chiquito, moreno, y me dijo: "Pues oiga usted: le vengo a notificar que mañana lo van a fusilar". No les digo que aquello me cayó bien. Aquello me cayó mal, y naturalmente una preocupación, una gran preocupación. No había más remedio que esperar.

Pero a las diez de la noche, vuelve el teniente y me dice: "Siempre no lo van a fusilar mañana, lo va a juzgar a usted un consejo de guerra". Yo era civil, ¿por qué me iba a juzgar un consejo de guerra? Ese día era el 19 de agosto de 1915. No se me ha olvidado la fecha. "Y, deme usted algunos datos porque yo voy a ser el defensor de oficio", me dijo el tenientillo. Le di los datos que consideré que podían servir para mi defensa, le di nombres de dos personas, un abogado muy distinguido, el licenciado Cayetano García y el coronel José Isabel Balderas, que había sido secretario de Gutiérrez para que fueran también mis defensores. Lo que hice en la noche fue pensar en mi defensa. Fue una noche dramática, porque además de la preocupación del consejo de

guerra había una cantidad horrible de ratas que brincaban sobre mí estando yo acostado en una colchoneta que mi madre, pobrecita, me había mandado.

Vino el lunes 2 de agosto y allí me tienen que me llevaron al consejo de guerra; consejo de guerra con su presidente, el coronel Bertani, jefe del Estado Mayor de Gavira; otros coroneles y el agente del ministerio público, en fin, todo el solemne aparato. Pero, por fortuna para mí, hicieron que el consejo de guerra fuera popular. De manera que la sala donde fue el consejo de guerra, que era la sala del Ayuntamiento, estaba llena de gente, entre ellas ---fijense ustedes--- mi madre. Yo estaba en el banquillo de los acusados entre dos soldados; estaba mi madre, que aún tenía el pelo negro.

El agente del ministerio público me acusaba teniendo a la vista los periódicos, a veces se equivocaba: leía un informe mío de Aguascalientes y otro de la ciudad de México del mismo día. Yo apuntaba en una libretita todas las tonterías que decía el acusador. Mis defensores nombrados no se presentaron. El teniente defensor de oficio dijo lo que pudo en voz apagada, que de nada sirvió.

Debo decirles esto: se movió la gente de San Luis a mi favor, todos mis amigos. Yo era un muchacho conocido y querido en la ciudad, pues era un muchacho con cierto prestigio y tenía simpatías. Eso hizo que no me fusilaran y me llevaran al consejo de guerra. Dijeron que si tenía algo que decir el acusado. Yo me paré. . .

JW: ¿Tuvo mucho qué decir?

JSH: Sí. Hice mi defensa y hablé como una hora, exponiendo una gran cantidad de argumentos, diciéndoles a los miembros del consejo de guerra que estaban amnistiando a los villistas que hacía poco estaban disparando sus armas contra ellos, y que ¿por qué me iban a dar un trato discriminatorio? Veán ustedes. . . Había un telegrama que me comprometía realmente. Lo había mandado de Querétaro por el telégrafo del ferrocarril. Pedí que trajeran los telegramas de la Oficina Federal del Telégrafo. Sabía que esos telegramas no me comprometían porque eran siempre muy mesurados, muy lacónicos y en la redacción del periódico los inflaban. Bueno, pues fueron al telégrafo, trajeron los telegramas, los leyeron. Efectivamente no me comprometían y pude decir: "Ese telegrama ---me refería al que yo había enviado de Querétaro por el telégrafo del ferrocarril--- ese telegrama es falso; yo no lo envié, lo inventaron aquí en la redacción y la prueba está en que no está en los archivos del telégrafo".

Hice mi defensa; hice el mejor discurso de mi vida.

JW: Bueno, ¡tuvo que hacerlo!

JSH: Me acuerdo que terminé diciéndole a los jueces, que antes de dictar su sentencia, consultaran a los tres mejores consejeros que tiene el hombre:

“Consulten ---les dije--- a su corazón, consulten a su conciencia y consulten a eso que a falta de otro nombre más grande llamamos Dios, y hagan ustedes lo que les dicten esos consejeros infalibles”. Así terminó mi discurso.

“¡Que salga el reo mientras el consejo delibera!” Y me llevaron a mi celda. No se imaginan ustedes mi ansiedad durante ese tiempo. Creo que fue media hora; creo que fue una hora; creo que fueron dos horas. ¡No sé! El cuarto en que yo estaba preso estaba en una forma diagonal con la puerta de entrada al Palacio de Gobierno. De pie en la puerta, vi en un momento que se cerraba la gran puerta del Palacio. Pensé, ya me van a fusilar; cerraron la puerta para fusilarme. Entonces sentí que toda la sangre se me bajó a los pies. ¡Sentí horrible! Pasan dos minutos, llega un oficial con dos soldados y me dice: “Pase usted. Vamos al jurado”. No era cierto: la puerta estaba abierta.

Me llevaron al consejo de guerra y me sentenciaron a tres años de prisión por propagador de noticias falsas y ¡quién sabe cuántas cosas más! Y esa noche me llevaron a la penitenciaría. Eran tiempos muy difíciles, que las leyes y los acuerdos no valían gran cosa. Había un jefe de la prisión, un coronel de apellido Ulloa. Era un malvado y le gustaba molestarme. Una noche fueron a tocarme a las tres de la mañana a decirme: ¡Levántese tal por cual porque lo vamos a fusilar! ¿Cómo se llama usted? Fulano de tal. ¡Ah, no! ---dicen--- es otro tal; y yo oí cómo sacaron a un hombre que gritaba: “¡No me maten!” Se lo llevaron y pasaron largos minutos. . . y luego oí la descarga y el tiro de gracia.

Al día siguiente se me presenta el maldito coronel Ulloa: “¿Cómo le va, señor Silva?”, me dijo. Respondí: “Muy mal, anoche me dieron un susto bárbaro, coronel”. Y me dijo el viejo malvado: “Pues ahora en la noche van a fusilar a tres. Mire, van a fusilar a aquel de las botas que quería matar al jefe de las armas, aquel vestido de kaki que es un coronel villista, el tercero no he podido averiguar quién será”. Yo me enojé y le dije: “¡Pues oiga usted, coronel, si ese otro soy yo, a mí no me importa; porque ¿qué puede haber más allá de la vida? Si no hay nada, ¿qué mejor que un sueño profundo? Y si hay algo, tenga usted la seguridad que en el otro mundo no hay tantos miserables como aquí”.

Tres horas después se le iba un tiro a un soldado juchiteco que estaba abajo. Yo estaba en una crujía de arriba, la bala me pasó rozando el sombrero.

Ese coronel no estuvo más que un mes de jefe de la prisión. Entró otro hombre que fue bueno y que me trató bien, y estuve ---para no alargarles a ustedes la historia--- preso hasta el 26 de noviembre de 1915. Es decir, estuve preso cerca de cuatro meses, del 31 de julio al 26 de noviembre. Me pusieron en libertad porque a la postre encontraron que había sido un acto arbitrario e injusto. El tal Gavira se había ido de San Luis Potosí con sus fuerzas a

Durango. Entró de gobernador un señor que había sido amigo mío, el general Vicente Dávila, que hace poco murió, y me pusieron en libertad. Y aquí termina este episodio de la Revolución y de mi vida.

EL TRIUNFO DEL CARRANCISMO

28 de abril de 1964

JW: Doctor, en la última entrevista estábamos hablando de la Convención de Aguascalientes en 1914 y 1915, y quisiera preguntarle si la escisión que estalló en la Convención de Aguascalientes tenía raíces en la lucha por el poder o en la lucha de ideologías.

JSH: Creo que la Convención de Aguascalientes, como lo dije en la ocasión anterior, tuvo inicialmente por objeto el evitar la lucha entre las diferentes facciones en que se veía con toda claridad que estaba dividida la Revolución, es decir, los revolucionarios que habían luchado en contra del gobierno espurio y usurpador de Victoriano Huerta. Las tres facciones a que me refiero eran: la facción que obedecía a don Venustiano Carranza que podemos llamar constitucionalista; la facción villista capitaneada por este célebre personaje de la historia contemporánea de México, la más poderosa; y la facción que acaudillaba Emiliano Zapata.

En la Convención de Aguascalientes al principio no se habló de problemas ideológicos. Más tarde de lo único que se habló fue del Plan de Ayala, porque los zapatistas pedían que la Convención se adhiriera al Plan de Ayala, elaborado por Zapata y uno de sus lugartenientes, en el mes de noviembre de 1911. En realidad eso fue todo lo que se habló con precisión desde el punto de vista ideológico. Por supuesto que algunos de los oradores, cuando hacían uso de la palabra, expresaban ideas, las ideas que hemos denominado revolucionarias y que sustancialmente podríamos decir que consistían en el deseo de mejorar las condiciones de vida de las grandes masas de la población y luchar en contra del clero. Es necesario ver esto con claridad: luchar en contra del clero como institución política, porque el clero se había sumado a Victoriano Huerta. No en contra de la religión, no en contra del cristianismo; sino en contra de esa institución que es conveniente distinguir. La palabra clero y la palabra religión son cosas distintas. El clero, quiero insistir en ello, es una institución social, una institución política, una institución humana. La religión. . . ése es un problema que nunca me ocupo de tratar, porque eso atañe a la conciencia íntima del hombre. En la convención se habló mucho de castigar a los que estuvieron con Huerta: civiles, clérigos

o militares; de mejorar la vida del obrero; de crear condiciones diferentes de existencia de la sociedad mexicana.

Más tarde se presentó, como recuerdan ustedes que dije la vez pasada, el problema de las facciones. Y recuerden ustedes que les dije que se creyó que se resolvería cesando a don Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a Villa como el jefe supremo de la División del Norte, sin que se dijera nada acerca de Zapata; porque la delegación zapatista que fue a Aguascalientes, con una gran habilidad, manifestó por boca de alguno de sus voceros que ellos iban como observadores, pero que no tenían autorización de su jefe para adquirir ningún compromiso. De modo que don Venustiano Carranza pensó que la Convención había sido dominada por los villistas, que Villa era un ambicioso y que él no iba a respetar los acuerdos de la soberana Convención de Aguascalientes. Por eso don Venustiano Carranza lo que hizo fue salir de la ciudad de México con todos los que le eran leales e irse a Veracruz.

Villa simuló que entregaba la División del Norte. La verdad es que no la entregó, porque pude constatar que continuó en su carro especial despachando los asuntos. ¿Cuál fue el resultado? Ya lo dijimos: el resultado fue que la convención, ante la actitud del señor Carranza, resolvió que Villa fuera nombrado el jefe supremo de las fuerzas de la convención y que con esas fuerzas ---las directamente a sus órdenes, la División del Norte y los demás grupos del ejército que se sumaran---, combatieran a los constitucionalistas". Y así fue como referí, el día último en que estuve con ustedes, cómo llegaron a la ciudad de México las fuerzas de Villa; cómo Villa en la ciudad de México no hizo lo que le dijo Gutiérrez, de avanzar sobre las fuerzas de Carranza, sino que se quedó en la ciudad de México disfrutando de los encantos de la ciudad.

Y así llegamos al mes de enero de 1915, en que Gutiérrez tuvo que salir de la ciudad de México; que en un combate fue herido; que se rindió a Carranza.

Podemos decir que a fines de enero de 1915 la situación en el país era la siguiente: don Venustiano Carranza en Veracruz con los militares y civiles leales. Nos encontramos con que el general Obregón toma de nuevo la ciudad de Puebla y amenaza la ciudad de México. Cada vez los constitucionalistas se van rehaciendo. Villa domina una buena parte del país.

En el mes de enero, a fines de enero de 1915, Villa era el hombre más fuerte desde el punto de vista militar; en seguida Carranza, que se estaba rehaciendo; y en tercer lugar Zapata. Los zapatistas entraban y salían de la ciudad de México según las circunstancias. Zapata nunca estuvo personal-

mente en la ciudad de México sino en los primeros días de diciembre de 1914.

Poco a poco, Carranza va adquiriendo mayor fuerza. Obregón, que era un gran estratega, se lanza al centro del país. Esto ya lo había dicho, pero lo repetiré: libra dos combates contra Villa en la ciudad de Celaya, y Villa, el invencible, el terrible "Centauro del Norte", el hombre a quien los periodistas norteamericanos llamaban "el Napoleón mexicano", fue derrotado por Obregón. Se retira Villa hasta la ciudad de León. Obregón avanza. Hay otra gran batalla. Grandes batallas para aquella época, porque hubo en los combates de Celaya cuarenta mil hombres de cada lado. Obregón vuelve a derrotar a Villa en las proximidades de la ciudad de León; y en Trinidad, una granada hiere a Obregón y le lleva una parte del brazo —no recuerdo en este momento francamente si fue el brazo izquierdo o el brazo derecho. Villa se ve obligado a retirarse hasta Aguascalientes. Allí se libra la cuarta batalla y es otra vez derrotado, pero en esta ocasión queda completamente deshecho su ejército. En consecuencia Villa tiene que retirarse a lo que podríamos llamar sus madrigueras del estado de Chihuahua y Obregón sigue avanzando victorioso con todas sus fuerzas.

Por otro lado, una brigada de la División del Norte había avanzado de San Luis Potosí para tomar Tampico. Pero para tomar Tampico era necesario tomar un lugar que se llama El Ébano, defendido por fuerzas de don Venustiano Carranza. Allí se combatió durante más de un mes —quizá un mes y medio— y los villistas no pudieron tomar El Ébano. Y al ser derrotado Villa en Trinidad y en Aguascalientes, las fuerzas villistas, al mando del general Tomás Urbina, tuvieron que retirarse de las inmediaciones de El Ébano, llegar a la ciudad de San Luis Potosí y rápidamente evacuar la plaza. Días después fue cuando entró el general Gavira al mando de sus fuerzas, cuando llegó victorioso el general Obregón a San Luis Potosí.

Ahora bien, ¿qué pasó en los meses posteriores? Las fuerzas de Carranza cada vez obtenían más triunfos, dominaban territorios mucho más amplios; y cada vez Villa se reducía a un número mucho menor de hombres. De tal suerte, que a mediados del año de 1915, Villa no comandaba sino unos mil o mil doscientos hombres en el estado de Chihuahua, que él conocía palmo a palmo.

Quiero también hacer notar algo que me parece muy importante. Me parece muy importante contestar a una pregunta que yo mismo quiero hacerme: ¿A qué se debieron los éxitos de Carranza? Indudablemente a la pericia de Obregón; pero además se debieron a que Carranza expidió el 6 de enero de 1915 la Ley Agraria, que fue la base de la Reforma Agraria mexicana. Y además expidió otros decretos. Recuerdo uno, del 12 de

diciembre de 1914, que ya contenía en germen una serie de reformas sociales que después fueron tomando forma y llegaron a cristalizar en la Constitución de 1917. Con la Ley de 6 de enero de 1915, Carranza le quitó a Zapata el monopolio del agrarismo. La Ley de 6 de enero de 1915 resultó mucho más práctica, mucho mejor pensada que el Plan de Ayala de Zapata. No quiero hacer una exposición crítica a este respecto, porque ello está en mis libros y tomaría mucho tiempo. Así es que, entonces, hay un momento a fines del año de 1915, en que Zapata está reducido a Morelos, parte de Guerrero y parte de Puebla, con un ejército poco disciplinado, con un ejército poco eficiente, mal equipado; Carranza combatiendo a Zapata con fuerzas mucho más poderosas; Villa reducido a la más ínfima expresión.

Hay una cuestión que no creo que muchas personas han observado, y que yo trato en un pequeño libro que se llama *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana*.³ Durante el movimiento revolucionario del año de 1910, hasta este instante en que nos encontramos en mi relato, se fundó en México la Casa del Obrero Mundial. Las ideas de la Casa del Obrero Mundial tenían una serie de ingredientes ideológicos anarquistas, a veces mezclados con socialismo y anarco-sindicalismo. Y por otra parte no debemos olvidar un personaje que tiene interés en la historia del México de aquellos tiempos, Ricardo Flores Magón, que pasa muchos años en los Estados Unidos, desde 1904 hasta que muere el 20 o 21 de noviembre de 1922. Pasa una parte de su vida haciendo su periódico *Regeneración* y otra parte en las cárceles. El hombre al principio era un liberal radical; pero fue dando un viraje hacia el anarquismo. Y Ricardo Flores Magón y la Casa del Obrero Mundial ejercieron una importante influencia ideológica entre los revolucionarios y entre los trabajadores de las ciudades. De tal suerte que podemos decir que en 1916, cuando el país está casi totalmente pacificado, Villa, con unos pocos hombres dando guerra, Zapata con su ejército que no era un gran peligro y combatido por Carranza, nos encontramos con que ya el señor Carranza, que se titulaba y lo titulaban Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión, era dueño del país.

Carranza, en un discurso, en Hermosillo, Sonora, en septiembre de 1913 y dos discursos a fines de 1915 en que expuso ideas liberales pero con una inclinación socializante, cuando ya domina el país, se torna conservador. Las ideas del señor Carranza en 1916 son las de un liberalismo que ha sido llamado liberalismo social mexicano. Porque el liberalismo mexicano, señor Wilkie, tiene características privativas. El liberalismo mexicano no fue el

³ México, *Cuadernos Americanos*, 1963.

liberalismo clásico del siglo XIX; no un liberalismo enteramente calcado del liberalismo europeo, digamos del liberalismo de los economistas europeos posteriores a Adam Smith; ni tampoco de un liberalismo a la norteamericana, sino un liberalismo social, un liberalismo con grandes preocupaciones sociales. Eso se advierte en el Congreso Constituyente de 1856-1857, en los grandes discursos que algunos de los constituyentes pronunciaron. Y todavía más, un liberalismo social con aspectos agraristas. Por agrarismo entendemos en México lo relacionado con el problema de la distribución de la tierra. El señor Carranza en 1916 era un liberal mexicano en el sentido que es mexicano un liberalismo social, con cierta preocupación agraria.

JW: ¿Y el Plan de Ayala del 28 de noviembre de 1911?

JSH: El Plan de Ayala menos; el Plan de Ayala fue muy poco radical, fue menos radical que la Ley de 6 de enero de 1915.

JW: ¿Cuál ideología fue más difundida, la de *Regeneración*?

JSH: Considero que las ideas de Flores Magón, las difundidas por la Casa del Obrero Mundial, forman un todo más o menos claro, o más o menos nebuloso, como se quiera.

Ahora, vean ustedes este caso interesante: los grupos obreros de México se inclinan hacia un socialismo radical en los años de 1915 y de 1916. De tal suerte que hay un hecho que no hay que olvidar: en el mes de marzo de 1916 se reunieron en Veracruz los obreros representantes de casi todo el país; y en las conclusiones a que llegaron están el reconocimiento del principio de la lucha de clases, la acción directa como un medio de pelea y por último está en tercer lugar, como finalidad, la socialización de los bienes de producción. Yo publico el documento en alguno de mis libros. Se advierte una lucha entre el liberalismo social mexicano del señor Carranza y el socialismo de los grupos obreros más avanzados, importado de Europa.

JW: Usted, como joven, ¿tenía conocimiento de, por ejemplo, el periódico *Regeneración* antes de 1910?

JSH: Después le voy a hablar de mí. Voy a terminar mi relato y luego le hago lo que puedo llamar mi silueta biográfica. Lo cierto es que en esta lucha hay intervención de la fuerza pública en Guadalajara para aplastar una huelga. Hay en México una huelga de electricistas el 31 de julio de 1916; huelga que aplasta Carranza con la fuerza; aprehende a todos los dirigentes del movimiento huelguista de los electricistas y los consigna a un tribunal militar. El Sindicato de Electricistas es cerrado; el Sindicato de Trabajadores de Restaurantes es cerrado también.

Hay una antinomia entre el liberalismo social mexicano, con toda su tradición, y el socialismo incuestionablemente importado de Europa. Por eso he escrito en un libro una tesis, novedosa probablemente, que la Revolución

Mexicana no fue originalísima sino que tuvo también ingredientes del socialismo europeo. ¿Por qué? Bueno, pues porque aquí se leían los libros, los libros europeos, porque la gente de cierta cultura ya en los días de 1916, de 1915, de 1914 leían los libros editados en España. Había una gran libertad editorial en España. Yo recuerdo que una casa de España que se llamaba Sampere publicaba libros de Proudhon, Kropotkin, Nordau, Nietzsche, Schopenhauer, y recuerdo una edición muy mutilada de *El Capital de Marx*, amén de otros libros de diversos autores.

En conclusión el señor Carranza domina la situación, Villa sigue a salto de mata en el estado de Chihuahua; invade Sonora y es derrotado. La lucha continúa cerca de la ciudad de México entre carrancistas y zapatistas. Cada vez son más débiles los zapatistas. Zapata fue asesinado cobarde y canalladamente el 10 de abril de 1919. Un coronel de apellido Guajardo, por instrucciones del general Pablo González, y muy probablemente por instrucciones del propio Carranza, ofrece sumarse a Zapata y simula un combate contra las fuerzas de Carranza. Ante el hecho de que Guajardo combate contra las fuerzas de Carranza, Zapata, que era un hombre muy desconfiado, acaba por confiarse y conviene en celebrar con él una entrevista; y al llegar a esa entrevista Zapata es acribillado a tiros, es asesinado. Recuerdo que su cuerpo fue traído a la ciudad de México donde se exhibió ante el público. Ésta es indudablemente una de las manchas desde un punto de vista moral de don Venustiano Carranza. Ya saben ustedes que todos los hombres grandes tienen sus pequeñas manchas. No olvidemos que también las tiene el sol.

JW: Sí. ¡El hombre grande es el que puede sobreponerse a sus defectos!

JSH: ¡Exactamente! ¡Exactamente! Vean ustedes que así nos encontramos en 1919.

Carranza a fines de 1916 convoca a un Congreso Constituyente para reformar la Constitución de 1857. Este nuevo Congreso Constituyente inicia sus labores el primero de diciembre de 1916 en el Teatro Iturbide de la ciudad de Querétaro, y en todo el mes de diciembre y todo el mes de enero se elabora la nueva Constitución. La nueva Constitución, la de 1917, es proclamada el cinco de febrero de ese año.

La Constitución de 1917 es muy importante, es trascendental. Es una constitución híbrida, porque contiene muchos elementos de la Constitución liberal de 1857; pero tiene el artículo 27 constitucional, que es un artículo indudablemente revolucionario, puesto que, como ustedes saben seguramente establece que la propiedad privada pertenece originariamente a la nación, y que la nación tiene en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, y establece el derecho de expropiación por causa de utilidad pública; incorpora a

la Constitución la Ley de 6 de enero de 1915; ordena el fraccionamiento de los latifundios y determina que toda la riqueza del subsuelo pertenece a la nación, y que esa riqueza del subsuelo es inalienable e imprescriptible. Además tiene el artículo 123 que es la base de la legislación obrera. Para no detenerme demasiado en el examen de la Constitución, simplemente haré notar que es la primera constitución de un país que no se limita a la estructuración política del país mismo, sino que se ocupa de asuntos de carácter social. En ese sentido la Constitución mexicana de 1917 fue una novedad.

Pero demos un salto de 1917 a 1919. Hemos visto que Zapata ha sido asesinado. Don Venustiano Carranza fue nombrado Presidente de la República poco después de proclamada la Constitución y el primero de mayo de 1917 se ciñe la codiciada banda presidencial: gobierna el país como Presidente de la República. Su periodo debía terminar a fines del año de 1920. Él quiso imponer como Presidente de la República a un señor muy poco conocido en México, al señor Ignacio Bonillas, quien era embajador de México en Washington, en oposición al general Álvaro Obregón. El general Álvaro Obregón era muy popular sobre todo en el ejército. Vino la lucha electoral. Los ánimos se fueron encendiendo. Obregón empezó a tomar una actitud casi subversiva. Se trató de aprehenderlo; Obregón se escapó, se fue en un tren rumbo a Iguala, Guerrero. Y ¿qué fue lo que pasó después? Que en dos o tres semanas hubo lo que llamó Luis Cabrera "una huelga de soldados": la inmensa mayoría del ejército se sumó a Obregón. Carranza quiso irse a Veracruz en varios trenes militares. Lo traicionaron muchos de los hombres que él consideraba leales, entre ellos el general Jacinto B. Treviño, que ahora es el jefe del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana; lo traicionó el general Pablo González, el que combatía a los zapatistas. Son unos cuantos los leales, de tal manera que se vio obligado a abandonar el tren presidencial. Con muy pocos hombres llegó a Tlaxcalantongo, un villorrio del estado de Puebla. Se le presentó un tal Rodolfo Herrero ofreciéndole sus servicios. Bueno, es bien conocido el episodio: el señor Carranza fue asesinado; el segundo Presidente asesinado en México.

JW: Por Rodolfo Herrero.

JSH: Por las fuerzas de Rodolfo Herrero. En consecuencia podemos decir que en México ha habido dos presidentes asesinados y un presidente electo años después, el general Álvaro Obregón, asesinado también. No es esto ninguna gran novedad en la historia de los pueblos. Entiendo que en los Estados Unidos, creo que ha habido cuatro presidentes asesinados. ¿No es así señor Wilkie?

JW: Sí.

CUATRO AÑOS DE HISTORIA DE MÉXICO Y APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS

JSH: Hemos llegado al año de 1920. Usted puede preguntarme señor Wilkie, y yo, ¿qué hice en esos años?

JW: Bueno, después de salir de la cárcel, ¿qué hizo?

JSH: Yo no hice nada desde el punto de vista político.

JW: ¿No asistió a la Convención de 1917?

JSH: Yo me retiré enteramente a lo que puede llamarse la vida privada. Yo siempre he tenido una actitud apolítica, de poca simpatía por. . . no me gusta participar en los asuntos políticos; no me gusta. Yo he pensado que la política es y ha sido a través de la historia de todos los pueblos y en todos los tiempos algo muy importante, pero casi siempre ha sido un juego sucio, y ese juego sucio es el que a mí no me gusta. Participé, como lo he referido, en la lucha revolucionaria dentro de mis posibilidades; pero vino ese nuevo periodo: salí de la penitenciaría un poco decepcionado; salí enfermo, porque aun cuando moralmente me porté muy bien, mi salud se resintió con cuatro meses de prisión. Es que la prisión es una cosa muy dura, muy amarga; sólo el que ha sido prisionero y sabe lo que es que le encierren con candados a las seis de la tarde, y que le abran su celda hasta las seis o siete de la mañana del día siguiente, y que no puede salir de un espacio sumamente corto; sólo el que no sabe lo que es eso puede decir que es algo que no tiene importancia. Pero es algo que sí produce un impacto psicológico muy fuerte.

Salí de la prisión. Y ahora verán ustedes algo que puede sorprenderles: salgo a fines de 1915 de la cárcel, y en el año de 1916, probablemente en el mes de abril, se me ocurre hacerme hombre de negocios. Se me ocurrió que estando los países de Europa en guerra seguramente faltaban muchos medicamentos que producía la farmacopea alemana. Y se me ocurrió también que una mercancía muy útil, con motivo de la situación que prevalecía en los Estados Unidos, y que ya algunos observadores comenzaban a pensar que los Estados Unidos tendrían que participar en la guerra mundial, en la Primera Guerra Mundial, el mercurio era muy útil. A un amigo rico ---pues yo no era rico, era un muchacho de la clase media--- le propuse que hiciéramos un negocio: que nos lleváramos una buena cantidad de frascos de mercurio, o de azogue como se llamaba aquí, y que trajéramos medicamentos, asesorándome antes de personas que supieran bien de estas cosas. Este amigo mío aportó un capital X, y yo aporté mi iniciativa y me fui a Nueva York. Vendí en Nueva York a precios muy altos los frascos de mercurio y compré medicamentos que hacían falta en México, que no voy a mencionarlos porque no tiene objeto. El resultado fue que hice dos viajes a Nueva York,

el año de 1916, uno y a comienzos de 1917, otro. Al hacer la liquidación con mi socio capitalista yo había ganado cuatro mil dólares.

JW: ¡Mucho dinero en esos años!

JSH: Una cantidad fabulosa. Entonces me dije: ¿qué voy a hacer con cuatro mil dólares? Pues vean ustedes lo que hice: me reuní con mis amigos de San Luis Potosí, poetas y escritores, y les dije: vamos a hacer una revista semanal; y la hicimos desde el mes de —probablemente— mayo, quizá, o a principios de junio, una revista semanal que llamamos *Proteo*, de arte y literatura. Entonces yo andaba por los caminos de la literatura y la poesía; ya con preocupaciones sociales, con interés por los problemas de México; si no, no hubiera participado en la lucha revolucionaria. Hicimos *Proteo*, se publicó puntualmente los sábados de cada semana y así llegamos a fines de noviembre. El periódico había tenido éxito intelectual pero había sido un fracaso económico.

JW: ¡Se le fueron los cuatro mil dólares!

JSH: Exactamente. Cuando llegó el mes de noviembre ya casi no quedaba capital y resolví venirme a la ciudad de México. Le dejé la revista a unos amigos más jóvenes. Todavía pudieron sacar unos cuantos números en diciembre y comienzos de enero y se acabó *Proteo*.

Llegué a la ciudad de México en el mes de diciembre de 1917, decidido, según les dije con cierta pedantería a mis amigos, a conquistar la metrópoli. Y aquí me tienen ustedes en la ciudad de México a fines de 1917 y comienzos de 1918 con muy poco dinero. Pasé dificultades hasta que al fin en febrero encontré un empleo, un empleo insignificante en el gobierno del Distrito Federal; y también conseguí unas clases de inglés. Entonces sabía bien inglés, ahora ya casi se me ha olvidado. Di clases de inglés en la Escuela Normal para profesores. Y con eso fui viviendo más o menos bien. Reuní un poco de dinero y, como dice Víctor Hugo, tuve fin trágico: me casé en enero de 1920.

JW: Doctor, hablando de la Constitución de 1917, ¿cree usted que hubo mucha influencia marxista?

JSH: Mi opinión es en sentido negativo. Cuando se estaba elaborando la Constitución de 1917, como era inevitable, se formaron dos grupos: el grupo que ahora podríamos llamar, con el lenguaje contemporáneo, de derecha, y el grupo de izquierda. El grupo de izquierda fue el que logró modificar sustancialmente el proyecto de constitución que presentó don Venustiano Carranza. Y ese grupo de izquierda, que quiero insistir no se llamaba entonces así, sino más bien se decía, el grupo radical. Ese grupo radical fue, podríamos decir, capitaneado por un ingeniero muy distinguido que era ministro de Agricultura y Fomento en el gobierno de don Venustiano Carranza, el ingeniero Pastor Rouaix. Puedo asegurar a usted que Pastor

Rouaix no era entonces, ni lo fue el resto de su vida, marxista. Había algunos jóvenes impetuosos como el general Francisco J. Múgica. Era un hombre radical, pero era un hombre de una cultura media y es probable que no fuera marxista. Marxista, ¿en qué sentido? En el sentido de haber leído a Marx, de haber leído las obras fundamentales de Marx, de haber leído la *Crítica de la economía política de Marx*, en que éste aplica su concepción materialista de la historia. En ese sentido Múgica no era marxista; era radical. Quería algo nuevo en el país, quería que hubiera justicia en el país, quería mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del campo y de las ciudades, quería que las tierras se dividieran; pero sin que hubiera habido en él, según mi leal saber y entender, ninguna conexión marxista.

Ahora bien, debo agregar que, según mis noticias, el señor Carranza había mandado a Europa, principalmente a Inglaterra, al licenciado José Natividad Macías para que estudiara los problemas laborales de Europa, y este señor estuvo allá y regresó a México y pudo haber tenido alguna influencia en el artículo 123. Ustedes saben muy bien que varias de las cláusulas del 123 estaban consagradas ya en algunas de las legislaciones europeas, digamos la jornada de ocho horas, digamos el descanso dominical; algunas otras cosas como, por ejemplo —tienen una cierta novedad, no originalidad—, el reparto de utilidades que se establece en la fracción VI del artículo 123.

Solamente encuentro dos personas que sí pudieron haber conocido a Marx. Es muy posible que el señor Rafael Nieto, que después fue subsecretario de Hacienda y escribió artículos marxistas en *El Universal* de México, sí conocía o empezaba a conocer por aquel entonces a Marx, haciendo de seguro estudios sistemáticos y serios; posiblemente tenía algunas ideas generales esquematizadas sobre el marxismo el señor Luis G. Monzón. Es absolutamente seguro que no hubo predominio de éstos dos constituyentes en el grupo radical.

Si se estudia bien el artículo 27 constitucional, no es un artículo marxista; es un artículo revolucionario, de seguro con algunas influencias de pensamiento europeo de distintas épocas, de distintos autores, pero no puede decirse ni por el tono de la redacción, ni por su contenido, ni por el método, etc., no se puede decir que sea un artículo marxista. Y mucho menos el 123 que reconoce la propiedad privada, que reconoce la empresa privada; porque si no reconociera a la empresa privada el artículo 123, si no se hablara de las relaciones entre el capital y el trabajo, pues entonces podría decirse que era un artículo más allá del reformismo británico; de modo que no. El artículo 123 habla del capital y el trabajo, de huelgas, de descanso dominical, de reparto de utilidades, etc., etc. Todo esto indica que los constituyentes

pensaron en una sociedad precapitalista o capitalista. No. Eso lo inventaron después algunos periodistas norteamericanos. Ésta es la verdad. Después que vino la Revolución Rusa comenzó a hablarse de que la Constitución de 1917 era una constitución bolchevique, porque entonces se hablaba del bolcheviquismo, no de comunismo. Eso fue invención: invención, mi querido señor Wilkie, de sus paisanos periodistas.

JW: ¿Y usted cree que la influencia marxista tardó unos años para llegar a México, entonces? Porque, claro, la revolución en Rusia en 1917 dio un gran impulso al marxismo y leninismo, pero tardó unos años en llegar a México.

JSH: Creo que la influencia marxista empieza en la década de 1920. Cuando yo le refiera algo de mi iniciación marxista, de mis primeros estudios marxistas, usted va a ver cómo eso fue ocurriendo en el país en esa década de 1920 entre grupos minoritarios, entre minorías de intelectuales jóvenes o relativamente jóvenes. ¡Eso lo va usted a ver!

JW: Muy bien. ¿Usted cree que los debates en la Convención de Aguascalientes influyeron mucho en la organización y la creación de la Constitución de 1917?

JSH: Creo que el Plan de Ayala muy poco, digamos casi nada, porque ése es un plan ranchero del que si me pongo a hablar me tomaría muchísimo tiempo.

En la Convención de Aguascalientes. . . Usted me preguntaba si en la Convención de Aguascalientes había habido influencia marxista, o ¿qué? ¿Quiere repetirme su pregunta por favor?

JW: Si la Convención de Aguascalientes había influido mucho en la Constitución de 1917.

JSH: La Convención de Aguascalientes muy poco; algo la Convención de México. Después la convención trashumante zapatista, en una reunión de Jojutla ya avanzado el año de 1916. Posiblemente todo esto de que le hablé a usted antes, del socialismo europeo, así en general, en una forma un tanto vaga, en una forma un tanto nebulosa, ejercieron alguna influencia en los constituyentes de 1917. Recuerden ustedes que en el congreso obrero de marzo de 1916, celebrado en Veracruz, se llegó a las conclusiones siguientes: reconocimiento del principio de la lucha de clases; la acción directa como táctica de lucha, y como finalidad, la socialización de los bienes de producción. Así es que insisto en que diferentes corrientes de pensamiento, de modo indudable la realidad del país, los antecedentes ideológicos, principalmente el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano del 1 de julio de 1906; esas distintas corrientes de pensamiento, esas distintas tendencias se manifestaron en el Constituyente. La Constitución de 1917 fue muy avanzada para su época. Pero no se puede decir que haya sido una constitución marxista: es

una constitución híbrida, liberal en muchos artículos, contradictoria, y con ingredientes de inclinación, diría yo, con ingredientes de inclinación socializante.

JW: Hay unos que critican a la Constitución de 1917 y a la Revolución Mexicana, porque dicen que la Revolución vino antes que viniera la ideología.

JSH: Le ruego a usted, señor Wilkie, que lea mi libro *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana*. Allí demuestro una tesis contraria a la que usted me acaba de exponer; allí demuestro cómo hay una serie de ideas, de manifiestos, de proclamas de los revolucionarios, que van formando poco a poco el cuadro ideológico. Es muy interesante que usted vea en mi *Breve historia de la Revolución Mexicana*, uno de los primeros documentos, creo que está en el capítulo primero o en el capítulo segundo, que es el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano de la fecha que indiqué hace unos minutos.

JW: Entonces usted ve unos manifiestos y unos planes en un ambiente revolucionario... y todo creciendo a la par: la Revolución creciendo a la vez que las ideas.

JSH: El Manifiesto del Partido Liberal, importantísimo desde el punto de vista ideológico, antecede cuatro años al movimiento revolucionario. Yo divido la Revolución Mexicana en la etapa maderista, la etapa constitucionalista y la etapa de la lucha de las facciones. La etapa maderista es una etapa en que predomina un pensamiento político, pero que ya se empieza a manifestar el pensamiento social. Usted puede leer, además de las cosas mías, un libro editado por el Fondo de Cultura Económica que se llama *Planes políticos*,⁴ y es sumamente fácil seguir cómo van cristalizando las ideas. En primer lugar tiene usted el Manifiesto del Partido Liberal, que he citado; mucho de lo que hay en la Constitución de 1917, sobre todo en el artículo 123, está en el Manifiesto del Partido Liberal. Luego hay otro plan muy interesante, el Plan Orozquista de la Empacadora del año de 1912. Pero antes que estallara la Revolución, hay una serie de periódicos chicos. No son los grandes rotativos subvencionados por el gobierno del general Díaz. Esos periódicos chicos van sembrando ideas revolucionarias. Y luego hay algunos libros muy importantes: el libro de Andrés Molina Enríquez que se llama *Los grandes problemas nacionales*;⁵ el libro de Wistano Luis Orozco, del año de 1895, que se titula *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*.⁶ En materia de tierras hay unos

⁴ Manuel González Ramírez (ed.), *Planes políticos y otros documentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

⁵ México, Carranza e hijos, 1909.

⁶ México, Imprenta El Tiempo, 1895.

artículos de Justo Sierra que he recogido en un estudio que hice de él.⁷ En el año de 1878 proponía la socialización de la tierra sin previa indemnización.

Hay una secuela de ideas que son las que explican la Revolución Mexicana. No puede haber una revolución sin ideología. Ahora, en el curso de la Revolución las ideas se van precisando cada día más; se van clarificando, se van radicalizando. Recuerdo haber conversado con muchos revolucionarios en la época en que estuve en la Convención de Aguascalientes. Los convencionistas hablaban de los escritos de Flores Magón, de la Casa del Obrero Mundial en que se hablaba de socialismo y anarquismo.

Un teniente coronel, David G. Berlanga, asesinado por Fierro, de que hablé ya en la ocasión pasada, dio una conferencia en el Teatro Morelos de la ciudad de Aguascalientes, que yo escuché sobre socialismo. El señor Berlanga no sabía muy bien lo que era el socialismo; no era marxista, pero sí tenía ciertas ideas generales sobre lo que era el socialismo. Quizá el socialismo de que hablaba Berlanga tenía ciertas analogías fabianas. Y luego hay otros dos folletos que yo recuerdo. Lo que pasa es que la gente es muy ignorante, señor, no han cavado con hondura en el pensamiento mexicano. Hay un folleto de un señor Luis F. Bustamante, *Savia Roja*,⁸ un folleto sencillamente muy radical de ideas socialistas; y hay otro folleto de 1913, del periodista Rafael Pérez Taylor, que también es un folleto que se denomina *¿Qué es el socialismo?*,⁹ en que él explica eso. Todos esos folletos, todos esos libros, eran leídos por los revolucionarios.

JW: ¿Usted había leído, antes de 1910, *Regeneración*, o había visto ejemplares de esa publicación?

JSH: Sí, había visto ejemplares de *Regeneración*, que alguna vez me prestaban clandestinamente unos peluqueros de la ciudad de San Luis Potosí. Había leído unos dos o tres números sueltos.

JW: Los peluqueros subversivos.

JSH: Sí, sí. De modo que yo creo que eso está aclarado. Si usted, que es hombre serio intelectualmente, y creo que en todos los demás aspectos ---eso se lo debo preguntar a la señora---, lee lo que le puedo dar, mi *Trayectoria ideológica* y muchos libros que puedo recomendarle ---he publicado una colección de folletos sobre el problema agrario, como documentos para la historia de la Revolución Mexicana--- y allí encuentra usted cosas extraordinarias, y verá usted cómo sí había pensamiento revolucionario. Es una

⁷ México, *Cuadernos Americanos*, julio-agosto, 1963.

⁸ San Luis Potosí, Imprenta Económica, 1914.

⁹ México, s.p.i., 1913.

mentira que la Revolución Mexicana fue una revolución sin ideología. ¡Eso no es posible!

JW: Sí. Hay unos historiadores en los Estados Unidos que dicen, hablando de la Revolución Soviética, que es una verdadera revolución porque tiene su programa bien planeado y los revolucionarios querían seguirlo. Y otros dicen que esto es falso porque Lenin tuvo que actuar dentro de la realidad, y que tal vez la Revolución Mexicana ha tenido tanto éxito porque ha podido actuar dentro de la realidad sin imponer un sistema ajeno a la actualidad. Dicen, como usted acaba de decirnos, que la ideología ha surgido dentro de la Revolución, y la cosecha es la Constitución de 1917.

JSH: Pero, con antecedentes. Allí están ese repetidísimo Manifiesto del Partido Liberal, y libros, manifiestos y folletos. Y ya en 1910 empieza usted a encontrar mucho mayores elementos con sedimentos ideológicos.

JW: Pero, en los Estados Unidos hemos dicho muchas veces que las constituciones mexicanas y latinoamericanas se basan en programas del futuro que no tienen nada que ver con la realidad; pero, parece que la Constitución de 1917 viene de estas manifestaciones, de estos antecedentes antes de la Revolución, y durante la Revolución. ¿Entonces cree usted que es un documento muy realista?

JSH: Yo así lo creo. La prueba está que pueden verse a cierta distancia los frutos.

JW: Se ha necesitado un poco de tiempo para reglamentar unas veces.

JSH: Sobre todo, miren ustedes, hay que ver esto: la Revolución Mexicana fue una revolución cruenta, una revolución muy sangrienta; fue una verdadera revolución. La Revolución Mexicana significó en su periodo más duro, de marzo de 1913 a agosto de 1914, una lucha sin cuartel en que los que se llamaban ciudadanos armados, campesinos, artesanos, mineros, muy pocos obreros, pocos intelectuales, fueron avanzando, principalmente de norte a sur. En el centro y en el sur también hubo levantamientos armados. La lucha fue terrible.

Se refiere, por ejemplo esto: la ciudad de Zacatecas estaba defendida por 12 000 hombres. Fue atacada por el general Francisco Villa con toda la División del Norte. La batalla duró dos o tres días. Se tomó la ciudad, salieron de la ciudad de Zacatecas en retirada a Aguascalientes solamente 300 hombres. Habían muerto, habían quedado heridos, o se habían dispersado, y se refiere, no recuerdo si por el propio general Felipe Ángeles, o por su jefe de Estado Mayor, el general Federico Cervantes, que después de la toma de Zacatecas, cuando avanzó Ángeles para acuartelarse en Guadalupe —a unos, no sé, quizá, veinte o veinticinco kilómetros de Zacatecas hacia el sur—, cuando avanzaban las piezas de artillería y los camiones, era necesario

detenerse para retirar los cadáveres del camino. Fue una lucha en que murieron millares de gentes. Yo no les exagero a ustedes si les digo que en la Revolución Mexicana murieron cientos de miles de hombres.

Si comparamos el censo de 1910 con el censo de 1921, encontramos que hubo una disminución en el número de habitantes de más de 800 000 personas. Es decir, a pesar de la fertilidad natural, que eso nunca se detiene y de las deficiencias que pueda tener el censo de 1921, siempre es un dato interesante; porque debo decirles más, debo decirles que la Revolución fue devastadora. Los revolucionarios tenían que vivir; los revolucionarios se acabaron el ganado. Durante muchos meses no pudo sembrarse. De manera que en el año de 1916 y en el año de 1917 hubo hambre en México. Y como si no hubiera sido bastante vino una epidemia de tifo que diezmó la población. Todavía a fines de 1917 y 1918 nos llegó la influenza española. Por eso he escrito que en esos años México perdió alrededor de un millón de personas, porque cabalgaron a lo ancho y a lo largo del territorio nacional los Cuatro Jinetes del Apocalipsis: la guerra, la peste, el hambre y la muerte.
JW: ¿Hubo entonces grandes cambios sociales, económicos, políticos en todos los sentidos?

JSH: Sí, sí. Fue algo sumamente serio y grave. Así es que hemos llegado al año de 1920. Si ustedes quieren prosigo.

JW: Muy bien, siga.

JSH: Lo que puedo decirles de los años de fines de 1920, 1921 en adelante hasta fines de 1924, que es una pequeña etapa interesante de la historia de México, es que derrotado el señor Carranza se hizo cargo de la Presidencia de la República el señor Adolfo de la Huerta como Presidente provisional. Vinieron las elecciones y de manera obvia resultó electo el general Álvaro Obregón.

El general Álvaro Obregón era un hombre a quien yo conocí; muy inteligente, muy ingenioso, con cualidades extraordinarias de caudillo, con una memoria fantástica. Contaban, por ejemplo, que hacía esta prueba: una persona le pasaba una baraja española que tiene cuarenta cartas, y él repetía el orden en que estaban las cartas. Tenía una memoria fabulosa, tenía la respuesta fácil. El chiste ingenioso, la broma inesperada; hablaba muy bien. Era un hombre de una cultura media. Había sido un pequeño agricultor en el estado de Sonora; de lecturas desordenadas; era un autodidacta, pero con un gran talento; y de seguro un militar de genio. Puede decirse que Álvaro Obregón es el único general mexicano que nunca perdió una batalla. Les estoy hablando en este tono de Obregón, a pesar que Obregón tuvo participación en el connato de mi fusilamiento; mas, en fin, a cada quien lo suyo.

Obregón es Presidente de la República. Don Venustiano Carranza había hecho poco por distribuir la tierra. Puedo decirles que las hectáreas que repartió no llegaron a doscientas mil.

Quizá es interesante decirles que al triunfar Obregón, o lo que se llamó entonces el Plan de Agua Prieta, los zapatistas se rindieron. Ya no tenían jefe, ya no tenían medios de lucha; y fundaron aquí en la ciudad de México el Partido Nacional Agrarista. El jefe de ese partido fue el abogado Antonio Díaz Soto y Gama, un hombre de buena cultura jurídica, buena cultura histórico-mexicana, gran orador, parlamentario de primera calidad, y un hombre de una gran honradez. Soto y Gama fue de hecho el jefe del Partido Nacional Agrarista y ejerció indudablemente influencia significativa durante el gobierno del general Obregón en cuanto a la distribución de la tierra. No se olviden ustedes que Obregón llega al poder con un país devastado, todavía no reconstruido.

En los cuatro años del gobierno de Álvaro Obregón se reparte millón y medio de hectáreas; y es preciso hacer notar que se repartieron para calmar el hambre de tierras del campesino. Allí habían quedado los centenares de miles de hombres que habían muerto en los campos de batalla; allí estaba la Ley de 6 de enero, la Constitución de 1917; allí estaba el Plan de Ayala; allí estaba el Plan Orozquista o de La Empacadora; allí estaba el Plan del Partido Liberal, y una serie de planes agraristas. Es una característica muy especial el contenido agrarista de la Revolución Mexicana. Se dieron tierras sin ningún estudio previo. Dije hace un instante: millón y medio de hectáreas en números redondos. Había que contar con los campesinos, había que demostrar el interés del gobierno para los campesinos. Recuerdo que una vez dijo Obregón: "Los hombres del poder ya no están muy arriba, ni los hombres del pueblo están ya muy abajo; el deber de los gobernantes es establecer un puente entre lo que ha sido y lo que deberá ser".

Recuerdo que en la época de Obregón hubo el primer Congreso Nacional Agrarista, y de haber visto el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, donde caben unas 800 personas, lleno de campesinos; todos ellos de calzón blanco y de camisa blanca, con sus sombreros de palma, asistiendo a ese congreso convocado por Obregón. Esto debe haber sido en 1921 o 1922.

Naturalmente el líder agrarista principalísimo fue Antonio Díaz Soto y Gama. Y aquí cabe una observación que tiene indudable interés: Soto y Gama era lo que podíamos llamar un socialista cristiano o un socialista agrarista cristiano; y sus discursos durante esos cuatro años del gobierno de Obregón y la orientación que él dio al Partido Nacional Agrarista, fueron siempre de una orientación de tipo cristiano. Tiene mucho interés hacer observar que la primera etapa de la Reforma Agraria mexicana consistió en dar la tierra

como se podía, sin implementos ni crédito. La tesis es muy clara: hay un pueblo de X número de habitantes; hay allí más de 20 hombres, más de 50 hombres, más de 100 hombres. Esos hombres, por el hecho de ser hombres y de habitar en un pequeño poblado rural, tienen derecho a que se les dé la tierra. Ésa fue la tesis. Y Soto y Gama se apoya para defender sus tesis agraristas en ideas de los evangelios y de los primeros Padres de la Iglesia, de la patrística. Hay algo más: según adquiere importancia el movimiento obrero, surge ya con ímpetu la Confederación Regional Obrera Mexicana, de la que es líder principal Luis Morones, quien hace unas pocas semanas murió en la ciudad de México. De suerte que tenemos en el gobierno de Obregón un movimiento obrero, en el que desempeña el papel principal la Confederación Regional Obrera Mexicana.

También algo que me parece importante señalar: varios de los revolucionarios, o mejor dicho algunos generales y civiles que habían participado en la Revolución, encuentran muy radical la política de Obregón. Obregón gobierna durante casi los primeros tres años de su gobierno sin el reconocimiento del gobierno norteamericano. Lo reconocen como resultado de los Tratados de Bucareli.

Dentro de la Revolución hay grupos de revolucionarios inconformes con los avances de la Revolución. Y empieza a haber dentro de la Revolución un movimiento que ahora podemos llamar de derecha. Ese movimiento es encabezado de hecho por don Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda del general Álvaro Obregón. Ya en los últimos meses de 1923 surgen dificultades. . . Se habla de la candidatura presidencial de don Adolfo de la Huerta, que representa la derecha; se habla de la candidatura del general Plutarco Elías Calles, que representa la izquierda. A Plutarco Elías Calles lo apoyan el Partido Nacional Agrarista y el Partido Laborista de la Confederación Regional Obrera Mexicana; y a Adolfo de la Huerta lo apoya el Partido Cooperatista, que dirige Jorge Prieto, un anticomunista que en los últimos meses ha venido desdibujándose. Se ve muy clara la lucha: de un lado el ala derecha de la Revolución con el Partido Cooperatista y Adolfo de la Huerta; del otro lado el ala izquierda de la Revolución con el Partido Nacional Agrarista y el Partido Laborista teniendo como presunto candidato al general Calles.

Pasó lo que tenía que pasar: Adolfo de la Huerta con dos tercios del ejército se rebeló contra el gobierno de Obregón. Y Obregón, con un tercio del ejército y los campesinos, unos a quienes se les había dado la tierra, otros porque tenían esperanzas de recibir la tierra; y gracias a la pericia de Obregón, derrotaron a los dos tercios del ejército, comandados por generales que habían tenido importancia en la Revolución; gente tan ameritada como

el general Manuel M. Diéguez, quien había sido uno de los líderes de la huelga de Cananea, y el general Salvador Alvarado. Es inexplicable cómo estos dos hombres, sobre todo Alvarado de una orientación muy socializante, se fueron del lado de De la Huerta. Además hay que mencionar a los generales Fortunato Maycotte y Francisco Bertani, así como también al general Manuel García Vigil, gobernador de Oaxaca y persona de vasta ilustración. Todos ellos fueron fusilados al ser aprehendidos después de las derrotas que sufrieron. Obregón fue implacable con sus antiguos compañeros: Alvarado, Maycotte, Bertani, Diéguez, que habían sido subordinados de él; García Vigil no, había sido subordinado de Pablo González. Alguna vez he dicho que las revoluciones se tragan a sus hombres.

JW: Parece que sí.

JSH: La Revolución Mexicana empezó a tragarse a sus hombres. Se tragó a Zapata, se tragó a Carranza, se tragó a Villa; y hasta el momento en que voy, se tragó a todos estos generales que les he mencionado. Así es como se establece otra vez la paz en México a mediados de 1924. El general Plutarco Elías Calles fue candidato a la Presidencia de la República; nadie se le opuso. Lo cierto es que Calles llegó a la Presidencia de la República, se ciñó la banda presidencial el 1 de diciembre de 1924.

JH: Licenciado, iba a hablarnos acerca de su vida entre 1920 y 1924, esos años cuando empezaba a estudiar el marxismo y conocer la vida política otra vez.

JSH: Desde el punto de vista intelectual esos años fueron de mucho estudio para mí. En primer lugar me dediqué a estudiar el pensamiento y la civilización griegos. Durante esos años y un poco antes, leí las obras más importantes para mí. En primer lugar me dediqué a estudiar el pensamiento y la civilización. Recuerdo que entonces leí la *Ilíada* de Homero, *Los trabajos y los días* de Hesíodo; leí bastante de Aristóteles; todos los *Diálogos* de Platón; leí a los trágicos: Sófocles, Eurípides, Esquilo; al gran autor de comedias, el genial Aristófanes; también a los poetas, Píndaro y los bucólicos; y a los historiadores: *Los nueve libros* de Herodoto y la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides. Claro que también leí a Jenofonte, a quien llamaban sus contemporáneos "La Abeja Ática". Luego me pasé a los latinos: Virgilio, Horacio, Tácito, Séneca, Julio César y lo más importante de la cultura romana.

De esa manera yo fui afianzando mis conocimientos con el estudio de los clásicos. Todo eso ha tenido una gran importancia en mi formación cultural. También por esos años me enfrasqué en la lectura de la Biblia, un buen número de los libros del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. También leí a algunos de los primeros Padres de la Iglesia: a San Agustín, a San Jerónimo, a San Basilio, a San Juan Crisóstomo, a San Clemente de

Alejandría; a los doctores de la Iglesia latina y de la Iglesia griega. Claro, ése fue un esfuerzo de varios años.

Yo viví durante ese tiempo, de 1919 a 1923, de dar clases de literatura y de inglés. Dejé mi empleo del gobierno del Distrito y me dediqué al profesorado, trabajando intensamente 10, 12, 14 horas diarias. Puedo decir a ustedes que he sido un trabajador incansable. Todavía ahora, ya viejo, trabajo siete, ocho y aún nueve horas al día. Por eso el tiempo me ha rendido; he sido muy sistemático. Bien, pues en ese tiempo me inscribí en la Facultad de Altos Estudios; y en Altos Estudios tomé clases con el maestro Antonio Caso de Historia de la Filosofía y de Estética, con el maestro Carlos Lazo de Historia del Arte, de Ciencia de la Educación con un hombre muy eminente, don Ezequiel A. Chávez.

Y aquí viene la novedad: llegó a México un profesor alemán que José Vasconcelos se trajo de Córdoba, Argentina. Parece que este señor había sido profesor en Leipzig. Este profesor se llamaba Alfonso Goldschmidt, quien dio clases en Altos Estudios los años de 1921, 1922 y 1923 de economía política; pero de economía marxista. Así es de que mi iniciación al marxismo fue a través de las clases durante tres años del profesor Alfonso Goldschmidt. En 1924 yo tenía una cierta preparación económica de inclinación marxista.

Desde el punto de vista que podíamos llamar político no tuve sino una intervención durante dos o tres semanas, participando en la política de San Luis Potosí. Había dos candidatos al gobierno: Aurelio Manrique, que fue un hombre muy conocido en México hace años y Jorge Prieto, del Partido Cooperatista. A Manrique lo apoyaban los laboristas y los del Partido Nacional Agrarista. Aurelio Manrique había sido amigo mío desde la adolescencia, y alguna vez conversando le dije que si él se lanzaba para el gobierno de San Luis Potosí me gustaría ayudarlo. Pues efectivamente se lanzó y me puso un telegrama pidiendo que fuera a ayudarlo cuando se acercaban las elecciones. Y fui a ayudarlo. ¿Cómo? Pues escribiendo en un periódico manriquista, diciendo discursos y en la lucha activa. Fue una salida de mi trabajo de profesor tranquilo, y cierta participación marginal en el Partido Nacional Agrarista. El Partido Nacional Agrarista tenía un periódico que se llamaba *Combate* fue en el que a veces escribía algún artículo. De modo que, una participación, como he dicho, marginal.

En aquella época las luchas políticas eran un tanto agresivas, pues a veces salían las pistolas y sonaban los balazos. Recuerdo que una vez iba con Aurelio Manrique al frente de una manifestación, y de unos balcones de un segundo piso donde estaba el grupo principal de los adversarios, los prietistas, hicieron una descarga y un pobre obrero electricista cayó muerto a un lado mío. Estuve

allí tres semanas y me jugué la vida en más de una ocasión. Después de las tres semanas, terminadas las elecciones regresé a México a mi trabajo profesoral, a mis estudios. Y así llegué sin notoriedad al año de 1924.

Nada más que en 1924 sucedió algo de interés para mí. Yo había dicho en 1917 que venía a México a conquistar la metrópoli. Y no era fácil conquistar la ciudad de México para un provinciano. Así es que yo estudiaba, tenía conocimientos... Tenía que trabajar mucho para ganarme la vida. Recuerdo una temporada que yo daba de siete a ocho horas diarias de clases para ganarme la vida en algunos momentos difíciles que tuve. El año de 1924 sucedió algo muy importante para mi carrera. Esto consistió en que la Escuela Nacional de Agricultura, donde había dado clases de inglés y había dado conferencias sobre literatura, se trasladó a Chapingo; y como le había demostrado al director, el ingeniero Marte R. Gómez, que a mí me interesaban mucho las cosas económicas y que sabía economía, porque no solamente me atuve a las clases de Goldschmidt, sino que leía un buen número de libros de economía política. Recuerdo haber leído en esos años los *Principios de economía* de F. W. Taussig, el *Curso de economía política* de Charles Gide, el *Manual de economía política* de Wilfredo Pareto y *La económica* de Enrique Martínez Sobral, un distinguido economista guatemalteco radicado en México. De Marx había leído *El manifiesto comunista* y la *Crítica de la economía política*. Todavía no había leído en 1924 *El Capital*; alguna vez me había asomado a él, pero lo había encontrado muy aburrido, y muy difícil. Marte Gómez me ofreció una cátedra de economía política en la Escuela Nacional de Agricultura y acepté, a pesar de que sentía que aún no tenía la deseable preparación. Empecé a dar la materia. . . y esta anécdota que es un poco vanidoso contarla: cuando di mi primera clase de economía política, al terminar, los muchachos me aplaudieron.

JW: ¡Qué bien!

JSH: Y me dieron tres grupos de economía política con un sueldo que me permitió ir dejando mis otras tareas. Esto tuvo para mí una gran importancia porque como mis clases gustaron mucho, empezaron a llegar hasta la ciudad de México noticias de mis buenas prendas de profesorcito de economía. Esto fue el principio de mi conquista de la ciudad de México. Lo curioso es que comencé a conquistarla desde Chapingo. Eso después se afirmó en la ciudad de México cuando inicié mis primeros trabajos, un año después del que hablaremos en otra ocasión, en 1925 al dar unos cursos de historia económica de México en la Escuela de Verano a profesores norteamericanos y mexicanos. Y creo que aquí termina por esta noche mi colaboración con ustedes.

JW: Muy bien, muchas gracias, y muy amable. ¡Muy interesante!

DURANTE EL GOBIERNO DEL GENERAL PLUTARCO ELÍAS CALLES

5 de mayo de 1964

JW: Licenciado. Estábamos la última vez hablando de su llegada a la ciudad de México; pero, podemos comenzar donde usted quiera.

JSH: Creo que la vez anterior quedamos en que yo comencé a conquistar la metrópoli desde la Escuela Nacional de Agricultura en Chapingo. En realidad nos quedamos en el año de 1924, cuando hice un pequeño adelanto de 1925. En consecuencia, creo que debemos ahora iniciar nuestra conversación a fines de 1924.

A fines de ese año gracias a la pericia militar del general Álvaro Obregón y a la simpatía que tenía entre los campesinos, había sido vencida la rebelión delahuertista y se había restablecido la paz en la República. Recuerden ustedes que se hizo notar la vez pasada que la rebelión fue extremadamente grave porque dos tercios del ejército se rebelaron contra el gobierno constituido, y que Obregón, con un tercio del ejército y los campesinos, logró vencer a los generales que se habían levantado en armas. Esto de los campesinos merece un breve comentario que consiste en lo siguiente: los gobiernos revolucionarios de México tuvieron la idea, que realizaron, de armar a los campesinos. De suerte que si se les entregaba X número de hectáreas de tierra a 200, a 500, a 1 000 campesinos, se les daba su rifle Máuser. Por eso en la rebelión delahuertista, la ayuda de los campesinos que inmediatamente tomaron el rifle y acudieron en defensa del gobierno —incuestionablemente en su inmensa mayoría aquellos que habían recibido tierra y además otros que esperaban recibirla—, poniéndose a las órdenes del general Obregón, fue un factor de singular importancia para el triunfo gubernamental.

En otros países, muchos años después, por ejemplo en Guatemala en el gobierno de Jacobo Arbenz, que como ustedes saben fue fácilmente derrotado por los militares; y también por la intervención del State Department. Eso no podemos negarlo. Arbenz no siguió el ejemplo mexicano. Arbenz, que empezó a realizar una reforma agraria, no armó a los campesinos; les tenía miedo. Cuando se levantaron en su contra unos cuantos soldados, Arbenz no tuvo defensa.

La lección de México es de que en esa, como en otras dos ocasiones, los campesinos fueron factor definitivo para la consolidación de los regímenes revolucionarios. En la rebelión de De la Huerta y en las dos posteriores, los campesinos fueron un factor de singular importancia para el restablecimiento de la paz. Podría asegurar a ustedes que en estos instantes hay miles de

campesinos con su rifle, y sin embargo, a pesar de todos los problemas que inevitablemente existen en este país, como en todos los países del mundo, los campesinos que han recibido los beneficios en algunos casos efectivos, en otros no tan efectivos, de la Reforma Agraria, esos campesinos en un porcentaje de significación tienen sus armas.

El general Plutarco Elías Calles, que había sido gobernador de Sonora, que había sido jefe de las armas en algunos lugares de Sonora, que había sido ministro en el gobierno de don Venustiano Carranza al principio de aquel gobierno, y que había sido en el régimen del general Álvaro Obregón secretario de Gobernación, fue candidato a la Presidencia de la República. Calles triunfó fácilmente y el 1 de diciembre de 1924 se sentó, como se dice en la jerga familiar mexicana, en la codiciada silla presidencial. Así es que el 1 de diciembre de 1924 tuvimos nuevo Presidente.

Y hay algo que tiene un poquillo de interés recordar, que podríamos decir que por primera vez en el siglo XX, y hasta podría decirse que muchos años atrás —en muchos decenios atrás— se oía decir entre el público, entre el pueblo de la ciudad de México: “allí vienen los dos presidentes”. Fue un caso insólito en la turbulenta historia de este país, que un presidente entregara el poder a otro presidente en plena paz de la República. Y esas palabras se oían frecuentemente y los periódicos de la época las recogían como un signo de optimismo al poder decir: “allí vienen los dos presidentes”; el presidente que se iba y el presidente que llegaba.

Calles se reveló desde luego como un gran estadista, uno de los más grandes estadistas de México. Vamos a recordar lo que este hombre en la Presidencia de la República hizo en el país, pues realizó rápidamente grandes reformas. Voy a mencionarlas rápidamente.

Primero, en el año de 1925, organizó el Banco de México, haciendo que este banco fuera el único que tuviera derecho a emitir billetes. El Banco de México fue concebido como un banco central; pero con algunas impurezas al principio, porque también realizaba operaciones de depósito y descuento. El hecho de crear, si no recuerdo mal, en septiembre de 1925 el Banco de México, fue algo incuestionablemente de importancia para la economía del país.

Segundo, estableció por vez primera, no puedo recordarlo con exactitud porque todo lo que les estoy diciendo a ustedes, señores Wilkie, es de memoria, no puedo saber en este instante si fue a fines de 1924 o a comienzos de 1925 cuando se estableció por vez primera en México lo que llamamos aquí el impuesto sobre la renta y que en los Estados Unidos se llama el “income tax”, y que aquí pudimos haber llamado el impuesto sobre los ingresos. Tal vez hubiera sido más apropiado; pero heredamos en esa ocasión

el vocablo que usan en España. En España se usa la palabra renta en vez de ingreso. Como ustedes saben, la palabra renta tiene otras significaciones en la jerga económica.

Tercero, se organizó la Comisión Nacional de Caminos y se construyó la primera carretera entre México y la ciudad de Puebla. Esa primera carretera fue construida por una empresa norteamericana. En 1925, 1926, 1927, todavía no sabíamos en México construir carreteras; lo aprendimos después.

En cuarto lugar organizó la Comisión Nacional de Irrigación, que ahora es una secretaría de Estado, la Secretaría de Recursos Hidráulicos. Estas dos reformas, o estas dos creaciones en el campo de la economía, fueron realmente de inmensa significación y trascendencia, porque afortunadamente esa política ha seguido a través de los años.

La construcción del primer camino carretero de México a Puebla significó el primer paso para vencer la montaña. Esa vieja carretera de México a Puebla trepa la montaña en una zona bastante escarpada y bastante difícil. Vencer la montaña para establecer comunicaciones entre los hombres y para lograr el transporte de mercancías, es vencer al personaje más importante de la historia de México.

Ahora bien, iniciar la construcción de obras de riego, aprisionar a los ríos, a ciertos ríos mexicanos que tienen características particulares, porque no siempre son ríos; son ríos por temporadas. En la época de lluvias forman torrentes bravíos que se precipitan desde una montaña y que en ocasiones inundan las comarcas vecinas. En la época de secas, en la época que no llueve, el cauce del río está completamente seco, o acaso tiene un pequeño hilito de agua que va difícilmente caminando entre pequeñas piedras. Domeñar al río que no es río durante unos meses y que después se vuelve río, fue una obra que se inició en la época de Calles. Porque de este modo ha ido el mexicano venciendo las condiciones adversas de su suelo; ha ido estableciendo grandes sistemas de riego para poder regar miles de hectáreas.

En quinto lugar debemos referirnos a la Reforma Agraria. Calles concibió la Reforma Agraria de un modo integral. Esto que ahora dicen los políticos que están luchando para realizar en México: la Reforma Agraria integral.

JW: Sí. Es un lema de la elección de este año.

JSH: La Reforma Agraria integral. Está muy bien, pero no es una novedad. El que concibió la Reforma Agraria integral fue Plutarco Elías Calles. Porque, vean ustedes, además de la obra de construcción de caminos, de las primeras obras de captación de agua, además de eso, Calles se aparta ya, o supera mejor dicho, el empirismo del reparto de tierras en la época del general Obregón. Porque Calles hace lo siguiente: organiza el Banco Nacional de Crédito Agrícola para dar crédito a los campesinos ejidatarios y a los

pequeños propietarios. El Banco Nacional de Crédito Agrícola abrió sus puertas al público el 19 de marzo de 1926. Dos meses después, el 19 de mayo, abrieron sus puertas al público cuatro bancos agrícolas ejidales: uno en Tula, Hidalgo; otro en Morelia, Michoacán; otro en la ciudad de Durango y el cuarto en Celaya, Guanajuato. Estos bancos agrícolas ejidales, en cuya organización colaboré, estuvieron inspirados en cuanto a su organización, pero adaptándola a la realidad mexicana, en los pequeños bancos alemanes Raiffeisen; bancos con un capital pequeño.

El Banco Nacional de Crédito Agrícola se fundó con un capital de veinte millones de pesos. Los bancos agrícolas ejidales eran bancos pequeñitos; se tuvo la idea de que hubieran muchos de estos bancos en distintos lugares de la República. El gobierno federal aportó para cada banco la suma de 200 000 pesos, es decir, en aquella época 100 000 dólares. Y en los consejos de administración de los bancos, además del gobierno, estaban representados los campesinos; y los campesinos debían adquirir —y efectivamente adquirieron— acciones de estos bancos.

Los bancos agrícolas ejidales funcionaron con éxito durante cierto tiempo. Mas no es todo lo que acabo de decir lo que se hizo en relación con la Reforma Agraria integral: muy cerca de cada uno de los bancos agrícolas ejidales se organizó una escuela central agrícola. Estas escuelas centrales agrícolas fueron concebidas para no sólo enseñar las primeras letras y las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética a los hijos de los campesinos, sino enseñarles los métodos modernos del cultivo de la tierra y la manera más apropiada de utilizar los recursos de su medio circundante. El Plan Calles a este respecto consistía en que cerca de cada banco agrícola ejidal estuvieran estas escuelas centrales con la idea de elevar el nivel cultural del campesino.

JW: Los bancos ejidales tenían en el fondo este sistema de Raiffeisen.

JSH: Bueno, yo diré que inspirados en el sistema Raiffeisen pero con adaptaciones a la realidad mexicana. Además el general Calles entregó durante sus cuatro años de gobierno a las familias campesinas tres millones de hectáreas, el doble de lo que había entregado el general Álvaro Obregón, su antecesor en la Presidencia de la República.

En este momento no recuerdo alguna de las otras reformas que llevó al cabo Calles; pero debo mencionar una de gran trascendencia y que le dio a México muchos dolores de cabeza: me refiero a la Ley del Petróleo, la ley reglamentaria del artículo 27 constitucional, que estatuyó que todo el subsuelo de México pertenece a la nación y que la propiedad del subsuelo es inalienable e imprescriptible.

De conformidad con las legislaciones anteriores se habían dado concesiones a distintas empresas petroleras. En el año de 1925, las empresas petroleras más importantes de México eran: la Compañía Mexicana de Petróleo "El Águila", subsidiaria de la Royal Dutch Shell; la Huasteca Petroleum Co., subsidiaria de la Standard Oil Co. de Nueva Jersey, y también una serie de pequeñas empresas con nombres diferentes que pertenecían al famoso petrolero norteamericano Sinclair. Quizá debo mencionar también otras pequeñas empresas petroleras, creo que eran dos, que pertenecían a la City Service Co., cuya sede está en Nueva York. Estas empresas petroleras y algunas otras, que no viene al caso enumerar, habían iniciado sus labores de conformidad con la legislación anterior y al venir el artículo 27 constitucional esa situación se modificó. De suerte que las compañías petroleras al proclamarse la Constitución de 1917 se opusieron terminantemente a tal artículo y pusieron el grito en el cielo y hubo ataques serios de parte de los periódicos norteamericanos contra México; y cuando se reglamentó la Ley del Petróleo con la idea de desconocer las concesiones anteriores dadas a los extranjeros que explotaban el petróleo de México, la situación se puso verdaderamente candente, verdaderamente difícil, y hubo notas del State Department, y condiciones verdaderamente graves; peligrosas en cuanto a las relaciones entre México y los Estados Unidos.

El licenciado Emilio Portes Gil, si ustedes logran entrevistarle, él podría hablar con mayor conocimiento de causa de lo que voy a referir en seguida. El licenciado Emilio Portes Gil, en una conferencia que dictó en uno de los locales del Palacio de Bellas Artes, dijo algo que voy a resumir en unas cuantas palabras. Contó el licenciado Portes Gil, varios años después de haber sido Presidente de la República, que cuando él fue nombrado por el Congreso Presidente de la República, cuando le iba a ser entregada la primera magistratura de la nación por el general Plutarco Elías Calles, éste le dijo que en el año de 1927 México había descubierto un complot del que eran autores el secretario de Estado norteamericano, el señor Frank Kellogg, y el embajador de los Estados Unidos en México, el señor James Sheffield. Un complot en buena medida promovido, auspiciado por las empresas petroleras inconformes con la reglamentación del artículo 27 para que los Estados Unidos le declararan la guerra a México, con apoyo en que esa reglamentación era contraria a los intereses norteamericanos.

Según el relato de Portes Gil, una empleada de la Embajada de los Estados Unidos en México, desleal a la Embajada de los Estados Unidos, entregó los documentos que probaban la existencia de ese complot al gobierno de México. El general Calles hizo sacar copias fotostáticas ---estoy siguiendo el relato de Portes Gil--- en número suficiente para enviarlas a cada una de

nuestras representaciones diplomáticas en el extranjero, y envió a alguna persona, no sé quién, a los Estados Unidos, que fue recibida por el presidente Coolidge, mostrándole todas las pruebas de lo que se quería hacer con México, y mandándole decir a Coolidge que al primer soldado norteamericano que pisara México en actitud bélica, en ese momento que tal aconteciese, en todos los países del mundo con los que México tenía relaciones, en todos ellos se publicaría toda esa documentación; que tenía todos los datos respecto a cómo se había concebido ese complot de las compañías petroleras, Sheffield y Kellogg. Y, según el mismo Portes Gil refiere, se evitó la guerra entre México y los Estados Unidos. No sé si del lado norteamericano se habrá hecho alguna investigación a este respecto. Solamente me limito a referir a ustedes lo que Portes Gil ha contado. Sería muy interesante para los historiadores norteamericanos, si es que no se han ocupado de este asunto, tratar de averiguar, de aquel lado, lo que hubo de cierto a este propósito.

JW: Por lo general dicen que los documentos no tenían veracidad, y que fue un complot mexicano.

JSH: Si fue un complot mexicano estuvo bien de parte de México en plan defensivo. Si hay algo de eso; incuestionablemente hay documentos en el Departamento de Estado.

JW: Sí. Deben de estar.

JSH: Eso podría aclararse haciéndolo con espíritu serio, de verdadero historiador, porque yo no creo que también haya sido así nada más una invención; pero en fin, eso es lo que puedo contar a ustedes.

La situación respecto al problema del petróleo mejoró notablemente con la designación de un nuevo embajador. Sheffield fue retirado y se nombró al señor Dwight Morrow. Éste llegó a México en buena actitud. Llegó en un plan amistoso tratando realmente de resolver la situación tirante de relaciones entre México y los Estados Unidos. Y en unos pocos meses Morrow logró que la situación se modificara. Se logró que se aceptara la tesis de los derechos adquiridos. México dio algún paso atrás. Morrow fue un diplomático incuestionablemente muy hábil, que no le hizo mal a México. Lo contrario de Sheffield. Sheffield no fue para México un buen embajador; como no lo fue para México Henry Lane Wilson en la época de Madero. Es curioso hacer notar que una calle de Cuernavaca tiene el nombre de Morrow. Yo tuve el gusto o el deber, siendo yo presidente de la delegación mexicana a la IV Conferencia Comercial Panamericana que se celebró en Washington en el mes de octubre de 1931, al recibir la noticia de que había muerto el señor Morrow, pedí un momento de silencio e hice un elogio de la gestión de Morrow en México.

Pero al general Calles, que hizo tantas cosas constructivas en los dos primeros años de su gobierno, se le vinieron encima las dificultades. Porque no sólo hay que hacer notar las dificultades con los Estados Unidos de Norteamérica, sino también las dificultades con el clero, porque el clero se negó a reconocer la Constitución de 1917. Y de allí vino una huelga de miembros del clero que consistió en abandonar todas las iglesias, y en dejar de predicar y de decir misa, etc., etc. Esa situación fue extremadamente grave para el gobierno de Calles, que le impidió continuar su obra constructiva y tener que ponerse a la defensiva. Y de allí, provocada por el clero, vino lo que se conoce en la historia de México de los años de 1927, 1928 y 1929, como la rebelión cristera. Se levantaron en armas en los estados de Jalisco, Guanajuato, del norte de San Luis Potosí y de Michoacán, numerosos fanáticos al grito de "Viva Cristo Rey" con el propósito de derrocar al gobierno de Calles; y no puede negarse históricamente que la rebelión fue provocada por el clero.

JW: ¿Querían un gobierno católico, o qué?

JSH: Querían un gobierno que declarase nula la Constitución de 1917, sobre todo el artículo 130 que contiene una serie de medidas para precisar las relaciones entre el gobierno y el clero. Fue una rebelión de tipo reaccionario. Y no sólo eso, sino que independientemente de la rebelión cristera, en 1927 se levantó en armas contra el gobierno el general Arnulfo Gómez; y cuando iba a levantarse en armas el general Francisco Serrano, fue sorprendido en la ciudad de Cuernavaca y fue traído con varios civiles y varios militares a la ciudad de México. Pero no llegaron a la ciudad de México, porque en una forma verdaderamente criminal, él y todos sus compañeros fueron asesinados en el camino de Cuernavaca a México, en Huitzilac. Se refiere que los obligaron a bajar del camión en que venían y que los soldados les disparaban mientras ellos corrían para escapar de la muerte. Gómez, que se fue al estado de Veracruz, fue vencido rápidamente. Ese movimiento de rebelión probablemente duró unas dos semanas. Gómez fue finalmente aprehendido y fusilado. Así es que se logró en aquella ocasión, con tremenda energía, o si se quiere con tremenda crueldad, aplastar el levantamiento. El general Calles asumió la responsabilidad. Según todas las noticias que tengo, quien ordenó el asesinato de Serrano y sus compañeros fue el general Obregón. El que realizó el acto fue el general Fox, que ya saben ustedes, por supuesto, lo que quiere decir en inglés.

JW: Y ¿qué querían Serrano y Gómez?

JSH: Serrano y Gómez se oponían a la candidatura del general Álvaro Obregón. Es muy pertinente su pregunta señor Wilkie, porque en la Constitución de 1917, siguiendo los principios predicados por don Francisco I.

Madero, iniciador del movimiento revolucionario mexicano, se estableció el principio de la no reelección. El general Obregón quiso volver a la Presidencia de la República usando su enorme influencia, porque el poder que tenía Obregón fuera de la Presidencia se equiparaba al poder que tenía Calles en la Presidencia. Y Obregón logró que el gobierno de Calles enviara una iniciativa al Congreso para restablecer la reelección después de un periodo. De manera que de conformidad con esa reforma una persona en México podía ser presidente cuatro años ---entonces los periodos eran de cuatro años---, dejar cuatro años la Presidencia y después tenían la posibilidad de volver a ser presidente. Eso es lo que hizo Obregón. Y Serrano y Gómez ---Serrano candidato también a la Presidencia de la República--- se opusieron a Obregón, y el resultado fue el que ya sabemos.

Poco más tarde, lo recordaré de paso, el 17 de julio de 1928 el general Obregón fue asesinado mientras asistía a un banquete que se daba en su honor, ya siendo Presidente electo de la República. Fue asesinado por un fanático de nombre León Toral. Según todas las averiguaciones, tuvieron cierta intervención algunos miembros del clero, entre ellos una famosa monja, la madre Conchita. Lograron crear en el ánimo de León Toral la idea de que si Obregón llegaba a la Presidencia atacaría vigorosamente la religión católica; y León Toral pensó que él iba a hacerle un bien al país asesinando al que le habían pintado como un feroz enemigo de su religión. Obregón, que como dije, fue un gran caudillo y un hombre muy inteligente y muy simpático y que hizo cosas buenas en el país, fue muy matón. Muchos generales, muchos compañeros de él, fueron fusilados. Por ejemplo, Serrano había sido jefe de su Estado Mayor. Serrano era muy querido por Obregón y en el momento que se le opuso lo mandó matar. Así es que hemos llegado, desde el punto de vista de los sucesos mexicanos, al año de 1928. Hemos llegado hasta el asesinato de Obregón. El país se conmovió. Se creyó que a las pocas horas iban a ocurrir levantamientos en distintos lugares de la nación, pero no pasó nada.

Pasó el tiempo; vino septiembre; el general Calles pronunció un gran discurso en su informe presidencial al Congreso, sosteniendo la tesis de la institucionalización de la Revolución Mexicana; y de acuerdo con la Constitución el Congreso nombró, no recuerdo si en el mes de octubre o en el mes de noviembre de ese año de 1928, nombró Presidente de la República, por catorce meses aproximadamente, al licenciado Emilio Portes Gil, que desempeñaba la cartera de Gobernación. El licenciado Portes Gil se hizo cargo de la Presidencia de la República el 19 de diciembre de 1928, cuando apenas tenía 37 años.

JW: Después de pasar tantos asuntos tan graves en los últimos años de Calles, se puede entender por qué Calles no había hecho más en los dos últimos años. Hay unos que dicen que él se había convertido en conservador por esos años, especialmente después de 1928, al entrar Portes Gil, y quería impedir la Reforma Agraria; que quería impedir esas reformas más radicales.

JSH: Sí, así lo creo y de eso hablaré un poco después. Calles probablemente empezó a desradicalizarse a partir del año de 1929 o del año de 1930. Posteriormente vamos a ver las consecuencias de esa actitud de Calles, de ese viraje a la derecha para usar el lenguaje contemporáneo.

JW: Usted iba a decirnos algo acerca de su vida en esos años.

JSH: Durante esos cuatro años voy a recordar lo que hice. En los años de 1925, 1926 y 1927, di en la Universidad, como lo dije en la ocasión pasada, cursos de historia económica de México en la Escuela de Verano a profesores norteamericanos y mexicanos; porque había dos secciones, una de profesores norteamericanos y otra de mexicanos.

En el año de 1925 conocí a un hombre de quien he sido amigo y que adquirió después cierta celebridad en México y en los Estados Unidos, Frank Tannenbaum. Frank Tannenbaum fue uno de mis alumnos en el año de 1925. Seguramente usted ha oído hablar de él. ¿Usted lo conoce señor Wilkie?

JW: Sí.

JSH: Yo me hice amigo de Frank Tannenbaum en 1925 y todavía nos carteamos de tarde en tarde. Nos hemos visto de vez en vez. En una época nos vimos con frecuencia. Él tiene una posición muy diferente a la mía, pero yo tengo un culto por la amistad y puedo ser amigo de personas que tengan ideas que no coincidan con las mías. Soy enemigo de todo dogmatismo. Puedo discutir y conversar amigablemente con un hombre de derecha, siendo yo, como lo digo en todas partes siempre que viene a cuento, un hombre definitivamente de izquierda. Pero en fin, me estoy saliendo del tema.

Di clases en esos años de economía política en la Escuela Nacional de Maestros y en la Escuela Nacional de Agricultura. Y en el año de 1928, en materia de docencia, solamente di un curso en la Facultad de Filosofía y Letras sobre el tema problemas sociales y económicos de México. En los comienzos del año de 1926 di una serie de conferencias sobre problemas sociales y económicos de México en la Universidad a todas las personas que quisieron asistir a esos cursos que se llamaban de Extensión Universitaria.

Desde el punto de vista de mis empleos, el primer empleo que tuve fue mi colaboración en 1926, como técnico en la elaboración de la Ley y del Reglamento de los bancos agrícolas ejidales a que hice mención hace unos cuantos momentos. A fines de 1926, me llamaron para que prestara mis

servicios en el Departamento de la Estadística Nacional. El Departamento de la Estadística Nacional era entonces un departamento que dependía directamente de la Presidencia de la República. En ese departamento, con mi amigo Gilberto Loyo, muy conocido en México porque entre otras cosas se ha hecho con el tiempo un demógrafo de prestigio internacional, y porque desempeñó la cartera de secretario de Economía durante el régimen de don Adolfo Ruiz Cortines, reorganizamos enteramente el Departamento de la Estadística Nacional, del que era jefe un político, hombre bueno, Juan de Dios Bojórquez. El Departamento de la Estadística Nacional lo dividimos en una dirección de estadística económica, una dirección de estadística social, una dirección de exposición, y los organismos administrativos necesarios. Esa organización subsiste en términos generales. A mí me nombraron director de Estadística Económica. Fui director de Estadística Económica parte del año de 1926 y casi todo el año de 1927. Pero tuve algunas dificultades con quien era oficial mayor y renuncié. Al dejar el Departamento de la Estadística Nacional, me invitó el líder máximo de la Liga Nacional Campesina a que lo acompañara en una gira por el estado de Veracruz con el objeto de ayudarlo a organizar sociedades cooperativas de producción y de consumo. En 1927 publiqué mi primer libro *Apuntes sobre evolución económica de México*,¹⁰ libro que fue bastante comentado por la prensa.

Pero quiero hablarles de la Liga Nacional Campesina, porque es algo muy importante. El líder máximo se llamaba Úrsulo Galván, que era un campesino auténtico, nacido en un rancho del estado de Veracruz que se llama "Paso de Ovejas". La Liga Nacional Campesina, probablemente fundada en 1925, adquirió importancia, particularmente en el estado de Veracruz. Fue una organización con ideología diferente al Partido Nacional Agrarista de Antonio Díaz Soto y Gama.

El Partido Nacional Agrarista de Antonio Díaz Soto y Gama, que cumplió magníficamente su tarea durante el gobierno de Obregón, empezó a perder influencia en el gobierno de Calles. La que adquirió influencia en el gobierno de Calles, sobre todo con el secretario de Gobernación, Adalberto Tejeda, quien había sido gobernador del estado de Veracruz, fue la Liga Nacional Campesina. Ésta ya no usó el lenguaje del socialismo cristiano que usaba Soto y Gama. Ya Úrsulo Galván y sus principales lugartenientes tenían una actitud comunizante; tenían su estandarte, y su estandarte era un lienzo rojo con la hoz y el martillo en el centro. El que veía el estandarte de la Liga Nacional Campesina, decía: "éste es un partido comunista, con influencia incuestiona-

¹⁰ México, Sociedad Mexicana de Estudios Económicos, 1927.

blemente soviética". De modo que sí tiene importancia y por eso he retrocedido para ver cómo hubo en los años de 1925 en adelante un movimiento agrarista en México, con una fuerte dosis de comunismo soviético. Yo fui algo así como consejero de la Liga.

Después de Estadística, que la dejé por dificultades personales, me nombró el secretario de Hacienda, don Luis Montes de Oca, asesor del gran ferrocarrilero canadiense sir Henry Thornton. Sir Henry Thornton era el presidente de los Ferrocarriles Nacionales del Canadá y había sido contratado por México para venir acá a asesorarnos acerca de la manera de reorganizar los Ferrocarriles Nacionales de México. El señor Thornton necesitaba a alguien que le diera una serie de datos e informaciones sobre la economía de México, que obviamente tenían significación para él en relación con su trabajo de hacer recomendaciones acerca de la mejor manera de reorganizar los ferrocarriles mexicanos. A mí me nombró el secretario de Hacienda para que asesorara al señor Thornton en este asunto y organicé una oficina. Y en esta oficina, con un pequeño grupo de empleados, le fui proporcionando al presidente de los Ferrocarriles Nacionales del Canadá todos los datos que él solicitaba de mí. Así terminó el año de 1927.

El 19 de enero de 1928 fui nombrado, por el secretario de Hacienda, jefe del Departamento de Biblioteca y Archivos Económicos, nada más que entonces no existía ni una cosa ni otra. Había que organizar todo. Me puse a trabajar con un equipo de alrededor de veinte personas y el 1 de septiembre de ese año se inauguró la biblioteca con 5 000 libros sobre ciencias sociales, principalmente de economía. Los archivos económicos comenzaron a funcionar más tarde. Puedo ufanarme de haber sido el fundador de la primera biblioteca de asuntos económicos y de los primeros archivos económicos en México.

Me falta, para completar esta silueta biográfica, decir a ustedes cuáles eran mis lecturas durante estos años y qué otras cosas hacía. Ya en esa época de 1925 a 1928, mis lecturas fueron casi siempre, en la inmensa mayoría de los casos, libros de economía. Leí a los clásicos: Smith, Ricardo, Malthus, John Stuart Mill. En esa época leí a Marshall. También leí mucho del otro lado. Seguí leyendo a Marx y el primer tomo de *El Capital*, traducido al español por el argentino Juan B. Justo. Era lo único que había entonces de *El Capital* en español. El segundo y el tercer tomo no se conocían en lengua española. Y aun cuando yo leía francés y leía inglés, no tuve ya tiempo de ocuparme de eso; nada más llegué al primer tomo de *El Capital*, que les confieso que lo leí con un gran esfuerzo, porque a menudo me aburría ese estilo reiterativo, machacón, de martillazo, de Marx.

También empecé a leer a Lenin y a Bujarin. Y como dato curioso debo referir a ustedes que nos reuníamos una vez a la semana varios amigos a leer a Marx. De estos amigos algunos han muerto. Recuerdo de los muertos a Miguel Sánchez de Tagle, periodista experto en asuntos económicos; a Santiago R. de la Vega, un viejo revolucionario; a Antonio Espinoza de los Monteros, que fue muchos años más tarde el director general de la Nacional Financiera y embajador de México en los Estados Unidos durante una parte de los gobiernos de Ávila Camacho y de Alemán. Entre los vivos recuerdo al ingeniero Gonzalo Robles, uno de los hombres más modestos, más cultos, más inteligentes de México, que es asesor en la actualidad del Banco de México. También asistía a estas reuniones Eduardo Villaseñor, que ahora es banquero y es presidente del Banco del Atlántico que tiene negocios con Francia. Nos reuníamos, conversábamos y discutíamos y así íbamos aprendiendo. Se me olvidaba también un hombre muy bueno, profesor de economía, don Francisco Zamora, autor de un libro de teoría económica que ya lleva siete ediciones y que se estudia en toda la América Latina.¹¹ Se juntaba a veces con nosotros, un poco a la cola, como se dice, Pascual Gutiérrez Roldán, que ahora es el director general de Petróleos. Creo que sí tiene interés hablar un poco de las personas, y vamos a ir viendo en el curso de mis charlas cómo unas personas han oscilado para un lado y otras para otro lado.

Y también recuerdo, como cosa de cierto interés durante el año de 1928, unas reuniones en la Universidad, unas discusiones de mesa redonda entre profesores norteamericanos y profesores mexicanos. Entre los profesores norteamericanos recuerdo a un hombre muy eminente que era profesor en Harvard, Clarence Haring, autor de varios libros muy importantes. Él fue el más notable de los profesores norteamericanos que estuvieron en esa ocasión. También recuerdo a un sociólogo de apellido Wilson. No tengo muchas referencias de él. Entre los mexicanos estuvimos, en una primera reunión, Daniel Cosío Villegas, Raúl Carrancá Trujillo y yo; y en una segunda reunión, Ramón Beteta, que es muy conocido en México en la actualidad, Vicente Lombardo Toledano y Roberto Esteva Ruiz, el actual decano de la Escuela de Derecho, un hombre de más de 80 años en estos momentos.

Recuerdo dos detalles de interés: una vez el señor Haring habló de la pobreza de los países del Caribe y de la acción de los Estados Unidos para resolver sus problemas. Le respondí que yo recordaba una cuarteta que había

¹¹ *Tratado de teoría económica*, México, Fondo de Cultura Económica, primera edición, 1953.

aprendido en mi adolescencia en mi provincia de San Luis Potosí. Y la cuarteta es ésta:

“El señor don Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital;
mas primero hizo los pobres”.

El otro detalle es que en la segunda reunión de mesa redonda yo hice una exposición de la ley o principio de la concentración industrial de Carlos Marx. Fui al pizarrón e hice una exposición muy metódica de la evolución industrial, desde la industria familiar, el artesanado, la industria a domicilio, las manufacturas, la fábrica moderna hasta los grandes trusts y el imperialismo. Me rebatieron dos personas: una de ellas fue el licenciado Esteva Ruiz, diciendo que ya era aceptar sin discusión el determinismo histórico. Otra de las personas que me rebatió fue Vicente Lombardo Toledano; porque Lombardo Toledano estaba todavía en una posición muy lejos de la izquierda, en una posición centrista. Esto se publicó en *El Universal* en el mes de julio de 1928. Por esos años —1927 y 1928— yo frecuentaba la Legación de la Unión Soviética en México. Era encargado de negocios, en el año de 1927, León Haikes, persona muy lista. Después se fue a Rusia; allí lo encontré. Más tarde fue embajador en España en la época de la guerra civil. Según mis noticias, de regreso a su país fue fusilado.

Después que León Haikes se marchó a la Unión Soviética, creo que a fines de 1927 o comienzos de 1928, se nombró ministro de la Unión Soviética en México al señor Alejandro Maliar. Formando parte de la Legación soviética estaba la agencia comercial de la que era jefe el señor Troskunof. Recuerdo una noche que nos invitaron a cenar a varias personas; entre esas personas estaba Antonio Espinoza de los Monteros, Francisco Zamora y Manuel Gómez Morín. Manuel Gómez Morín, que después fue el organizador del Partido Acción Nacional, en aquella época tenía una posición de centro izquierda, y es curioso hacer notar que en el año de 1928 yo estaba más cerca de Manuel Gómez Morín, o Manuel Gómez Morín estaba más cerca de mí que Vicente Lombardo Toledano. Después la trayectoria fue muy distinta porque Lombardo fue oscilando a la izquierda hasta hacerse un marxista ortodoxo, y Gómez Morín fue oscilando a la derecha, posición que ha conservado. Debo decir de paso que tanto Manuel Gómez Morín como Vicente Lombardo Toledano, independientemente de sus ideologías, son hombres muy ilustrados y muy inteligentes.

Por último, para concluir estos años de mi vida, yo tenía siempre la preocupación de intensificar los estudios económicos en México, y a mediados de ese año estaba aquí de paso el profesor Alfonso Goldschmidt, de quien yo había sido alumno en la Facultad de Altos Estudios. Yo, como ustedes lo saben, era jefe del Departamento de Biblioteca y Archivos Económicos. Hice una reunión en la Biblioteca de Hacienda, en la preciosa capilla-biblioteca. Alfonso Goldschmidt dio una conferencia. Después de la conferencia propuse que organizáramos un instituto para hacer estudios económicos. Allí nació el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas. Se adhirieron al Instituto muchas personas de tendencias diferentes. Entre las personas notables, y que tiene interés mencionar, estaba Julio Antonio Mella, un famoso comunista cubano que fue asesinado en México en enero de 1929; y también se adhirió al Instituto otro hombre después muy famoso: Víctor Raúl Haya de la Torre.

No se quiso adherir al Instituto Narciso Bassols, porque entonces él era predominantemente jurista. Después Narciso Bassols se interesó vivamente por los estudios económicos y se hizo de izquierda, de quien más tarde tendré que hablar no una sino varias veces. Así, y con todo esto que les he contado, termino —casi termino— con el año de 1928.

MI AVENTURA DIPLOMÁTICA

JW: Estamos hablando de su vida en los últimos años del decenio de 1920, licenciado, y usted nos va a hablar de su aventura diplomática.

JSH: ¡Cómo no! Hablaré de eso con mucho gusto, señor Wilkie. Yo la llamo aventura diplomática porque no tenía ningunos antecedentes en el servicio diplomático mexicano, y en el mes de diciembre de 1928 me llamó por teléfono el subsecretario de Relaciones encargado del despacho, don Genaro Estrada, gente muy capaz; buen escritor; un hombre íntegro que murió hace ya bastantes años. Yo estaba en mi oficina del Departamento de Biblioteca y Archivos Económicos, cuando me dijeron que me llamaba el señor Estrada, a quien yo conocía un poco, había hablado con él cuatro o cinco veces en unión de mi amigo Eduardo Villaseñor. Me pidió Estrada que fuera a verlo inmediatamente. Sospeché de lo que se trataba, por algo que me había dicho Eduardo Villaseñor al conversar con Estrada de mí. Llegué a Relaciones y me recibió inmediatamente. Me dijo: "El señor Presidente de la República —recuerden ustedes que era Emilio Portes Gil— me ha pedido que le ofrezca a usted la Legación de México en Moscú". Les confieso que me dio un brinco el corazón, porque para mí significaba un salto en mi carrera; porque de jefe

de un departamento en Hacienda a ministro plenipotenciario era algo que tenía significación.

JW: Especialmente ir a la Unión Soviética.

JSH: Efectivamente, porque yo tenía una gran inquietud, un gran interés por lo que ocurría en la Unión Soviética, según mis lecturas y mis conversaciones con mis amigos en la Legación soviética en México. Yo no iba a decirle a Estrada: oiga usted, señor, déjeme pensarlo. . . Le dije que en primer lugar le daba las gracias al señor Presidente, y se las daba a él por la intervención que hubiera tenido en el asunto, y que aceptaba con beneplácito. Inmediatamente se pidió el "agreement" y desde luego lo dieron, de seguro por informes de mis amigos de la Legación.

El 13 de enero de 1929 me tienen ustedes de viajero diplomático. La emprendí por ferrocarril rumbo a Nueva York con mi primera esposa y cuatro hijos: el mayor de siete años y la menor de dos meses y medio. Estuve en Nueva York unos días comprando ropa gruesa para el invierno soviético. Nos embarcamos en Nueva York en un vapor de la Hamburg American Line rumbo a Hamburgo. Travesía de diez días; estancia de unas horas en Hamburgo; ferrocarril a Berlín. En Berlín me esperaba Goldschmidt, ese viejo maestro que he mencionado ya aquí varias veces, el ministro de México en Alemania, Primo Villa Michel, ahora embajador de México en Bruselas. Tuve la preocupación en Berlín de comprar también varias cosas que yo consideraba necesarias, porque se hablaba de la escasez que había de muchos menesteres necesarios en la vida de una familia en Moscú. Tomé el ferrocarril con mis cuatro hijos, mi señora, y me acuerdo muy bien que cuando cruzamos la frontera rusa en un lugar que se llama Niegorelo, me sentí muy emocionado.

Llegamos a Moscú un día muy frío, en los primeros días de febrero de 1929, tan frío que había una temperatura de 35 grados bajo cero! Me recibieron en la estación el jefe del Protocolo, como es habitual en esos casos, un señor de apellido Florinsky, mi amigo León Haikes que había conocido en México, y el director del Instituto Internacional Agrario de Moscú. Si no recuerdo mal se apellidaba Dubrosky, quien me conocía por Haikes que le había hablado de mi libro sobre historia económica de México.

Me acogieron muy bien. El Instituto Internacional Agrario de Moscú me hizo la distinción de nombrarme miembro activo del Instituto y me invitó a dar unas conferencias. Efectivamente di unas conferencias en esa institución.

En los primeros meses inevitables incomodidades. . . Les confieso que mi gran entusiasmo sufrió un choque, porque. . .

JW: El abrigo no le servía.

JSH: El abrigo no me sirvió para nada, el abrigo neoyorkino de lana gruesa. Tuve impresiones muy fuertes en los primeros días: un choque; porque en la URSS apenas se iniciaba el Primer Plan Quinquenal, apenas se estaba pasando del periodo de la nueva economía política de Lenin. Moscú me dio la impresión de ciudad de mendigos. La gente vestida muy pobremente, con abrigos muy viejos. Indudablemente en mí influyó la educación burguesa; lo confieso sin ambages.

JW: Aunque era marxista.

JSH: Aunque teóricamente, llegué siendo muy marxista. Pero eso fue una de las cosechas importantes que yo hice en mi estancia en la Unión Soviética, que me volví heterodoxo y ya no he vuelto a ser ortodoxo de ninguna doctrina. Me impresionó mucho que se formaban colas para comprar pan y que la gente encendía en las calles fuego para calentarse mientras esperaban su turno haciendo carreras estacionarias. Todo eso, debido a mi educación, indudablemente me produjo una cierta desilusión.

Después reflexionando y estudiando más a fondo las cosas, fui llegando a las conclusiones que están escritas en mi folleto que, según noticias ustedes conocen, se llama *Aspectos económicos de la Unión Soviética*.¹² Empecé a ver los aspectos afirmativos: cómo estaban construyendo un nuevo mundo; empecé a verlo como una experiencia, incuestionablemente, pensaba yo, de trascendencia mundial. Pero así, como experiencia, fui estudiando las cosas, averiguando, leyendo, visitando, viajando un tanto. Por ejemplo me impresionó muy favorablemente su organización cooperativa que estudié muy cuidadosamente; todo el sistema cooperativo soviético. Me impresionó mucho el interés que había en la Unión Soviética por la mujer, por la mujer madre, cómo a toda mujer que iba a ser madre se le atendía con el mayor esmero dentro de las posibilidades existentes entonces, y cómo había una protección esmeradísima para el niño. La protección al niño y a la mujer, algo que yo no había visto en países occidentales. Luego visite sus universidades, sus institutos, sus grandes museos, entre otros grandes museos el Ermitage de Leningrado.

Puedo decir que la estuve pasando más o menos bien. A veces había dificultades para encontrar ciertas mercancías. Recuerdo una vez que se me enfermó una niña y no había el medicamento necesario; tuve que mandarlo pedir a Berlín. En fin, pequeñas molestias. Tuve que tener criados rusos; no había manera de tener otros. Había en la Legación nada más un empleado, un señor de apellido Garza, Macedonio Garza, y era intérprete, un peruano

¹² México, Partido Nacional Revolucionario, 1930.

de nombre Ferry, que tenía allí nueve años y sabía muy bien el ruso. Tuve una gran casona de Legación en una calle que se llama Sadóvaya Samotiechna. Una de las primeras cosas que hice fue estudiar ruso: a los quince días de estar en Moscú ya tenía mi profesor de ruso, del inglés al ruso.

La vida diplomática no me gustó por la superficialidad generalizada. No obstante que no existían sino catorce representaciones extranjeras, había muchos festejos, porque los diplomáticos tienen que hacer algo, y lo que hacen son recepciones aquí y allá. Yo era el único de los representantes de los países de América.

JW: ¿No salió alcohólico?

JSH: Pues afortunadamente no. Me molestaban mucho las recepciones e hice algo muy malo para un diplomático. Cuantas veces podía me escapaba y no aceptaba invitaciones, algo disparatado y absurdo. Oigan ustedes: llegaba uno a una recepción ---les voy a pintar las cosas como eran--- se empezaba a conversar; se acercaba el embajador de Italia por ejemplo. Yo hablaba bastante bien el inglés y medianamente el francés, digamos en inglés: "How do you do Mr. Minister?" "iVery Well, thank you, and you?" "Well, I feel allright." "What do you think of Moscow?" "Oh it is very interesting". "Yes, it is very interesting. And, what can you tell me about the weather?" "Oh, the weather is terrible, it is very cold here, and, how is it in your country? How is it in Mexico?" "It is very cold in Mexico?". "No. In Mexico it is very nice". "Well. . . excuse me, excuse me. . ." Entonces venía otro, y la misma cosa: "How do you do Mr. Minister? What do you think about Moscow?" Entonces yo le decía: "What do you think of the Soviet Union?" "Well, it is very interesting", y por supuesto yo decía "yes, yes, it is very interesting". Y así tres, cuatro veces o cinco veces lo mismo. Los únicos que me hablaban un poco más, porque los diplomáticos a menudo están en una actitud defensiva, con los únicos que solía conversar ya de asuntos más importantes era con el embajador de Japón y con el embajador de China. Ellos eran más abiertos en sus charlas conmigo.

JW: Ellos no tenían tanto miedo de. . .

JSH: De hablar; los otros eran muy cuidadosos. Puedo decir que estuve bastante bien en Moscú: interesado, haciendo viajes.

JW: ¿Viajó mucho por el país?

JSH: Viajé un poco. Por ejemplo les voy a contar una anécdota muy curiosa. Hice un viaje a Leningrado; estuve allí como doce días. Me recibió el presidente de Relaciones Culturales con el Extranjero, un señor Constantino Deryavin, que hablaba español tan bien como yo, y que sabía literatura española e hispanoamericana mejor que yo. Lo que quiero contarles de mi estancia en Leningrado, es que quería visitar cooperativas; mi interés era

principalmente eso, y además era una salida para mí. A un hombre de estudio como yo, la vida diplomática no podía satisfacerle, y lógicamente yo tuve que buscar esa salida, una salida que no resultara sospechosa ni ofensiva; sobre todo sospechosa, porque los rusos cuidaban mucho a los diplomáticos. Me llevaron a un pueblo cooperativo a noventa kilómetros de Leningrado.

Visité el pueblo cooperativo y me invitaron a comer los de la cooperativa y mi amigo de unos cuantos días, Constantino Deryavin. Me di cuenta que se amontonaba la gente afuera. Era un restaurante que tenía unos cristales grandes, se podía ver la calle y vi la gran multitud, y cuando salí me aplaudieron. Yo pregunté: ¿por qué me aplauden? ¿Saben por qué me aplaudieron? Porque preguntaron: ¿Quién es ese señor? Y como el que contestó no sabía nada de México, dijo: "The Ambassador of America". Y ellos creyeron que yo era el embajador de los Estados Unidos y me recibieron con grandes aplausos. Fue uno de mis grandes éxitos diplomáticos.

JW: ¡Como embajador gringo!

JSH: Pero a partir de junio o julio, todo empezó a cambiar en cuanto a mi situación de ministro plenipotenciario de México en la Unión Soviética. ¿Por qué? En primer lugar voy a referir a ustedes un antecedente: ya estaba nombrado ministro de México. Unos días antes de mi salida a Nueva York asistí a una reunión de la Liga Nacional Campesina de que antes hablé. En esa reunión un líder campesino dijo que ya era el momento de hacer en México la revolución social y defendió su punto de vista. Ese campesino, conserven ustedes el nombre, se llamaba Guadalupe Rodríguez. Me puse de pie y lo refuté. Les dije que eso era una ilusión, que México no estaba maduro para una revolución social de tipo soviético, y que tratar de hacer algo a ese respecto significaría sacrificar estérilmente a los campesinos que siguieran un movimiento de esa naturaleza. Esto como antecedente de lo que va a venir después.

Además, debo contarles que, en los primeros días de marzo de 1929, recibí un cable de la Secretaría de Relaciones, diciendo que se habían levantado en armas contra el gobierno de Portes Gil; en Veracruz el general Jesús Aguirre; en Chihuahua el general Gonzalo Escobar; en Sonora, si no recuerdo mal, el general Francisco Manzo, y que la situación era delicada. Ése fue prácticamente el último movimiento armado de México. Se nombró al general Calles ministro de Guerra. No recuerdo si entonces se llamaba Secretaría de Guerra y Marina o Secretaría de la Defensa. Lo cierto es que el general Calles, al frente del ejército que permaneció leal al gobierno legítimo del licenciado Emilio Portes Gil, se dirigió al estado de Chihuahua, nombró a otros generales para Veracruz y para Sonora; para Sonora creo que nombró al general Cárdenas y para Veracruz al general Miguel Acosta.

La rebelión duró como tres o cuatro meses y fue aplastada. El país ya en el mes de agosto estaba por fin en paz.

JW: ¿Por qué se rebelaron?

JSH: Se rebelaron, en el fondo, porque estaban en contra de la política agrarista de Portes Gil, la actitud revolucionaria de Portes Gil. Fue un movimiento, como lo calificué desde Moscú, típicamente reaccionario. Y claro, también las ambiciones de los generales que querían ser presidentes de la República. El que encabezó la rebelión fue Gonzalo Escobar. Podemos decir: ideas retardatarias reaccionarias, inconformidad con la política de Calles y de Portes Gil y tal vez, en el trasfondo de todo eso, una gran ambición personal de los militares sublevados. Lo cierto es que eso se acabó. Después de varios meses de lucha, de derramamiento de sangre, en fin. . . Decía que prácticamente fue la última rebelión que tuvimos en México y que desde entonces el país disfruta de paz, con alguna excepción que casi no vale la pena tomarla en consideración. Hablaré de eso posteriormente.

Quiero seguir con mi relato. En el estado de Durango, ya casi vencido Escobar, el jefe de las operaciones sorprendió al campesino Guadalupe Rodríguez que había ocultado parque y armas y que se llevaba 300 mulas y caballos —porque él se sumó al ejército de Calles con 300 campesinos—; que las mulas habían sido herradas con la hoz y el martillo. Y junto con él se sorprendió a otro individuo, que yo no conocí, de nombre Salvador Gómez. El jefe militar en Durango puso esto en conocimiento por telégrafo al general Calles quien estaba ya en la ciudad de México y Calles ordenó que los fusilaran. Y fueron fusilados Guadalupe Rodríguez y Salvador Gómez, ambos miembros del Partido Comunista y de la Liga Nacional Campesina. Parece que se comprobó que querían desertar para iniciar un movimiento comunista.

En Moscú inmediatamente se publicaron noticias hablando del asesinato de los campesinos; y días después de las noticias acerca de los sucesos de México, se publicó un manifiesto de la Tercera Internacional en contra del gobierno de México, especialmente en contra del gobierno de Portes Gil, y sobre todo en contra de Calles; un manifiesto de la Tercera Internacional injurioso en el cual se decía que Calles y Portes Gil estaban de rodillas ante el Papa y otras falsedades. Calles era cleróforo, de manera que aquello de que estaba de rodillas ante el Papa fue algo que no le pareció bien. Yo hice lo que tenía que hacer: trasmití el manifiesto a la Secretaría de Relaciones y presenté una nota de protesta ante el gobierno soviético, antes de recibir instrucciones de México.

El gobierno soviético contestó después de varios días mi nota de protesta, diciendo que no tenía justificación mi nota; que eso era cuestión de la Tercera Internacional y que el gobierno soviético no tenía que ver nada en el asunto. Por supuesto que no era cierto; porque la Tercera Internacional dependía